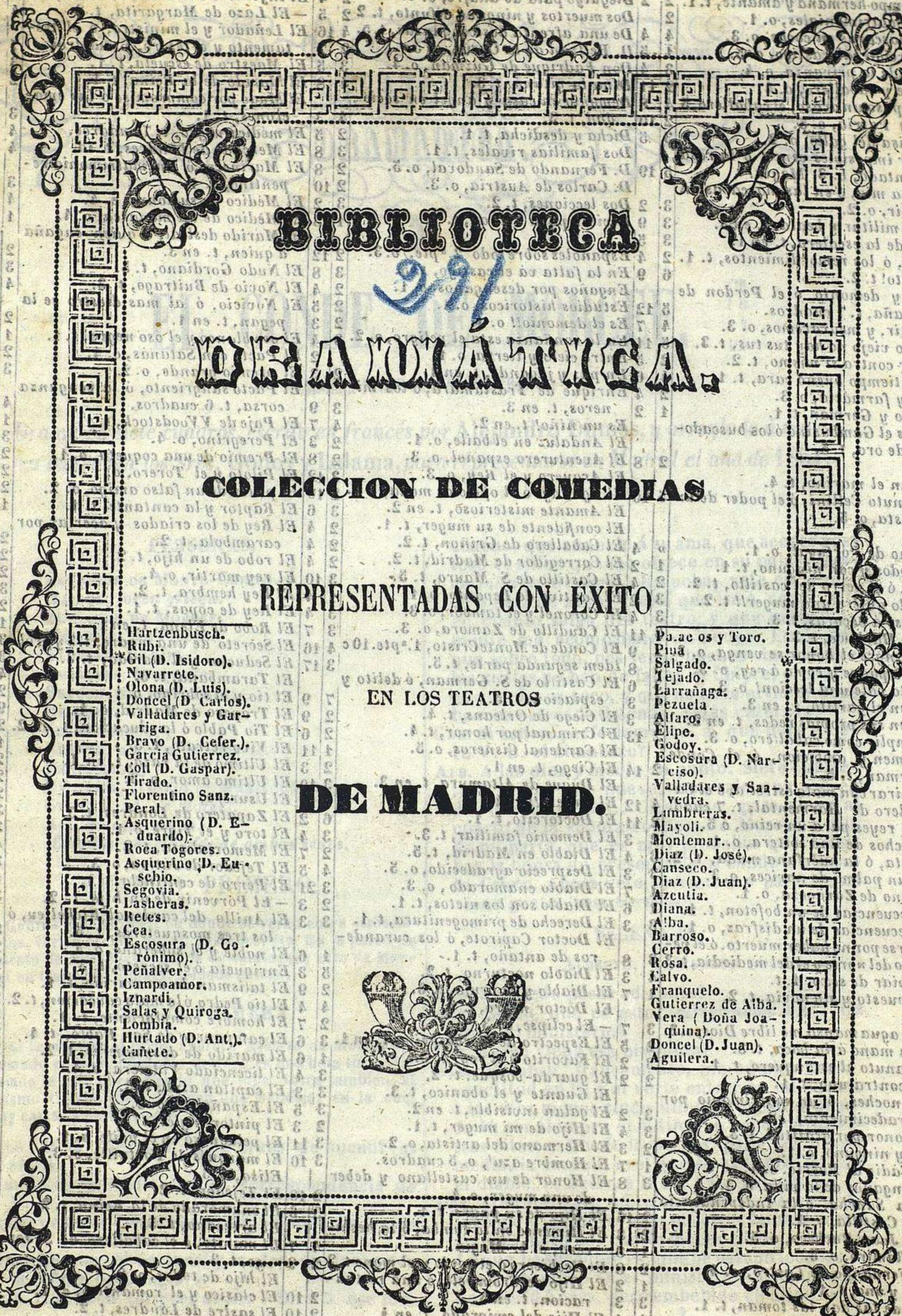


445



BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.

Hartzenbusch.
 Rubi.
 Gil (D. Isidoro).
 Navarrete.
 Olona (D. Luis).
 Doncel (D. Carlos).
 Valladares y Gar-
 riga.
 Bravo (D. Cefer.).
 García Gutierrez.
 Coll (D. Gaspar).
 Tirado.
 Florentino Sanz.
 Peral.
 Asquerino (D. E-
 duardo).
 Roca Togores.
 Asquerino (D. Eu-
 schio).
 Segovia.
 Lasheras.
 Retes.
 Cea.
 Escosura (D. Go-
 rónimo).
 Peñalver.
 Campoamor.
 Iznardi.
 Salas y Quiroga.
 Lombardia.
 Hurtado (D. Ant.).
 Cañete.

Pa. ac os y Toro.
 Puá.
 Salgado.
 Tejado.
 Larrañaga.
 Pezuela.
 Alfaro.
 Elipo.
 Godoy.
 Escosura (D. Nar-
 ciso).
 Valladares y Saa-
 vedra.
 Lambreras.
 Mayoli.
 Montemar.
 Diaz (D. José).
 Canseco.
 Diaz (D. Juan).
 Azcutia.
 Diana.
 Aiba.
 Barroso.
 Cerro.
 Rosa.
 Falvo.
 Franquelo.
 Gutierrez de Aiba.
 Vera (Doña Joa-
 quina).
 Doncel (D. Juan).
 Aguilera.



A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2	2	Dieguiyo pata de anafre, o. 1.	2	4	El Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	2	9
Ansias matrimoniales, o. 1.	2	2	Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	5	—El Lazo de Margarita, t. 2.	4	4
A las máscaras en coche, o. 3.	4	4	De una afrenta dos venganzas, t. 5.	4	16	El Leñador y el ministro, ó el tes- tamento y el tesoro, 6 cuadros.	7	12
A tal accion tal castigo, o. 5.	1	5	D. Beltran de la Cueva, o. 5.	2	7	El Maestro de escuela, t. 1.	3	4
Azares de la privanza, o. 4.	3	4	Don Fadrique de Guzman, o. 4.	3	5	El Marido de la Reina, t. 1.	2	5
Amante y caballero, o. 4.	2	11	Dina la gitana, t. 3.	4	8	El Mudo por compromiso ó las emo- ciones, t. 1.	3	3
A cada puso un acaso, el caballero, 3	4	8	Demonio en casa y ángel en socie- dad, t. 3.	4	3	El médico negro, t. 7 cuadros.	4	12
Amor y Patria, o. 5.	2	10	Dicha y desdicha, t. 1.	2	5	El Mercado de Londres, t. id.	4	12
A la misa del gallo, o. 2.	3	5	Dos familias rivales, t. 1.	3	8	El Marinero, ó un matrimonio re- pentino, o. 1.	3	5
— Amor imposibles vence, ó la rosa encantada, o. 3. Magia.	5	19	D. Fernando de Sandoval, o. 5.	2	8	El Médico de su honra, o. 4.	4	6
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	2	D. Carlos de Austria, o. 3.	2	10	El Médico de un monarca, o. 4.	1	9
Actriz, militar y beata, t. en 3.	3	9	Dos lecciones, t. 2.	3	2	El Marido desleal, ó quien engaña á quien, t. en 3.	2	3
Al pié de la escalera, t. en 1.	3	5	Dividir para reinar, t. 1.	1	3	El Nudo Gordiano, t. 5.	3	6
Arturo, ó los remordimientos, t. 1.	2	4	Españoles sobretodo 2.ª pte.) o. 3.	2	12	El Novio de Buitrago, t. 3.	4	6
Al asalto! t. 2.	6	9	En la falta vá el castigo, t. 5.	3	8	El Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. en 1.	2	5
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 cuadros.	5	12	Engaños por desengaños, o. 1.	2	4	El oso blanco y el oso negro, t. 1.	1	6
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	7	Estudios históricos, o. 1.	2	5	El Pacto con Satanás, o. 4.	2	10
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5	11	Es el demonio!! o. 1.	2	3	El premio grande, o. 2.	3	4
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	5	En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4	El Pacto sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.	4	11
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	6	Entre cielo y tierra, o. 1.	2	2	El Paje de V Woodstock, t. 1.	1	5
Amor y farmacia, o. 3.	2	4	En paz y jugando, t. en 1.	2	3	El Peregrino, o. 4.	3	9
Alberto y German, t. 1.	1	2	Enrique de Trastamara, ó los mi- neros, t. en 3.	3	9	El Premio de una coqueta, o. 1.	2	4
Andrés el Gambusino ó los buscado- res de oro, t. 5.	2	8	Es un niño! t. en 2.	4	7	El Piloto y el Torero, o. 1.	2	4
			El Andaluz en el baile, o. 1.	2	3	El poder de un falso amigo, o. 2.	2	5
			El Aventurero español, o. 3.	2	8	El Raptor y la cantante, t. 1.	1	4
			El Arquero y el Rey, o. 3.	3	12	El Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	8
			El Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	2	10	El robo de un hijo, t. 2.	2	5
			El Amante misterioso, t. en 2.	3	6	El rey mártir, o. 4.	2	7
			El confidente de su muger, t. 1.	2	4	El Rey hembra, t. 2.	3	3
			El Caballero de Griñon, t. 2.	2	4	El Rey de copas, t. 1.	2	3
			El Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4	El Robo de Elena, t. en 1.	1	5
			El Castillo de S. Mauro, t. 5.	3	10	El Secreto de una madre, t. 3 y pról.	3	9
			El Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4	El Seductor y el marido, t. 3.	3	4
			El Coronel y el tambor, o. 3.	3	4	El Tarambana, t. 3.	4	8
			El Caudillo de Zamora, o. 3.	3	7	El tio y el sobrino, o. 1.	2	3
			El Conde de MonteCristo, 1.ª pte. 10 c	4	16	El Trapero de Madrid, o. 4.	9	14
			Idem segunda parte, t. 5.	3	17	El Tio Pablo ó la educacion, t. en 2.	2	7
			El Castillo de S. German, ó delito y espiacion, t. 5.	7	9	El Vivo retrato, t. 3.	1	6
			El Ciego de Orleans, t. 4.	2	9	El Ultimo de la raza, t. en 1.	2	4
			El Criminal por honor, t. 4.	2	13	El Ultimo amor, o. 3.	2	5
			El Cardenal Cisneros, o. 5.	1	11	El Usurero, t. 1.	2	4
			El Ciego, t. en 1.	2	3	El Zapatero de Londres, t. 3.	3	9
			El Duque de Altamura, t. en 3.	3	10	El toro y el Tigre, o. 1.	3	3
			El Dineroll! t. 4.	3	14	El Memorialista, t. 2.	4	4
			El Doctorcito, t. 1.	6	2	El Tejedor de Jativa, o. 3.	3	6
			El Demonio familiar, t. 3.	3	4	El Perro de centinela, t. 1.	1	2
			El Diablo en Madrid, t. 5.	2	7	— El Porvenir de un hijo, t. 2.	3	2
			El Desprecio agradecido, o. 5.	4	5	El Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7
			El Diablo enamorado, o. 3.	3	21	El noble y el soberano, o. 4.	2	8
			El Diablo son los nietos, t. 1.	2	3	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6
			El Derecho de primogenitura, t. 1.	3	3	El talisman de un marido, t. 1.	2	4
			El Doctor Capirote, ó los curande- ros de antaño, t. 1.	1	6	El tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7
			El Diablo nocturno, t. 2.	5	3	El hombre complaciente, t. 1.	3	5
			El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9	El campanero de San Pablo, t. 4.	2	4
			El Doctor negro, t. 4.	4	4	El marido de dos mugeres, t. 2.	2	3
			— El eclipse, o. 3.	2	7	El licenciado Vidriera, o. 4.	2	7
			El Espectro de Herbesheim, t. en 1.	3	6	El capitan azul, t. 3.	3	5
			El Favorito y el rey, o. 3.	1	6	El Españolito, o. 3.	3	5
			El guarda-bosque, t. 2.	3	4	El pintor inglés, t. 3.	3	8
			El Guante y el abanico, t. 3.	3	3	El peluquero en el baile, o. 1.	2	5
			El galan invisible, t. en 2.	3	5	El marqués de Fortville, o. 3.	2	7
			El Hijo de mi muger, t. 1.	2	3	Elisa, o. 3.	2	4
			El Hermano del artista, o. 2.	3	11	El Tejedor, t. 2.	1	7
			El Hombre azul, o. 5 cuadros.	3	10	El enamorado de la Reina, t. 2.	3	5
			El Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10	El artesano, t. 5.	3	8
			El Hijo de su padre, t. 1.	3	6	El mulato, ó el caballero de S. Jor- ge, t. 3.	4	11
			El Himeneo en la tumba, ó la hechi- cera, o. 4. Magia.	4	7	El hijo de todos, o. 2.	2	3
			El Hechicero ó el novio y el mono t. 2	2	9	El clásico y el romántico, o. 1.	2	3
			El Hijo de Cromwell, ó una restau- racion, t. en 5.	2	10	El sastré de Londres, t. 2.	1	5
			El Hijo de emigrado, t. en 4.	2	10	El caballero de industria, o. 3.	3	4
			El Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4	11			



Es propiedad
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan,
Ríos, Pérez y Cuesta.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

EL CONDE DE MORCEF.

(TERCERA PARTE DEL MONTE-CRISTO.)

Drama en siete cuadros, escrito en francés por Alejandro Dumás, y arreglado á nuestro teatro por los Sres. Godoy y Lalama, para representarse en Madrid el año de 1851.

PERSONAS.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO.

HAIDEE, joven griega.

EL CONDE DE MORCEF.

MERCEDES, su esposa.

ALBERTO, su hijo.

DANGLARS, banquero.

BEAUCHAMP, periodista.

DEBRAY,

CHATEAUBRUN, y

FRANTZ, amigos de Alberto.

BERTUCCIO, y

BAUTISTA, criados de Monte-Cristo.

GERMAN, id. de Morcef.

ALI, griego, mudo.

Criados, convidados de ambos sexos.

CUADRO PRIMERO.

Gabinete de Morcef, en donde se verán entre otros objetos, varias armas, pipas, bastones, etc. En la pared un retrato de Mercedes, vestida de catalana, y otro de Morcef en traje de Palikars, soldado griego.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, aparece Alberto de Morcef recostado en un confidente: su traje es una bata turca. Un criado le está encendiendo una pipa, turca tambien, al mismo tiempo entra otro con una bandeja, en la cual hay cartas y periódicos.

ALB. Hola, German, ¿qué traes de bueno? (al criado.)

GER. Los periódicos y la correspondencia de V. E.

ALB. Veamos. (toma dos cartas.) Quién ha traído estas dos cartas?

GER. La una, el cartero, y la otra un lacayo de la señora de Danglars.

ALB. Está bien. (después de leer) Dile á ese mu-

chacho, que anuncie á su ama, que acepto gustoso el sillón que me ofrece en su palco. (salida falsa de German.) Escucha, vete en seguida á casa de Rosa, y dila que irá á cenar allí en cuanto salga del teatro, y que probablemente me acompañará un amigo. Encárgala que sobre todo, nos tenga buenos vinos, entre los cuales no han de faltar el Chipre, el Málaga y el Jerez seco, y que no se le olviden unas buenas ostras de Ostende. Estás enterado?

GER. Si señor, perfectamente. A qué hora quiere V. E. el almuerzo?

ALB. A las diez y media en punto. Siete cubiertos. ó sino pon nueve, mas vale que sobren dos que falte uno... Otra cosa, pasa ahora al cuarto de la señora condesa de Morcef, y dila de mi parte, que es muy probable que tenga hoy la honra de presentarla al conde de Monte-Cristo. Ahora vete, porque me parece que viene gente. (vase German.)

ESCENA II.

ALBERTO, y DEBRAY.

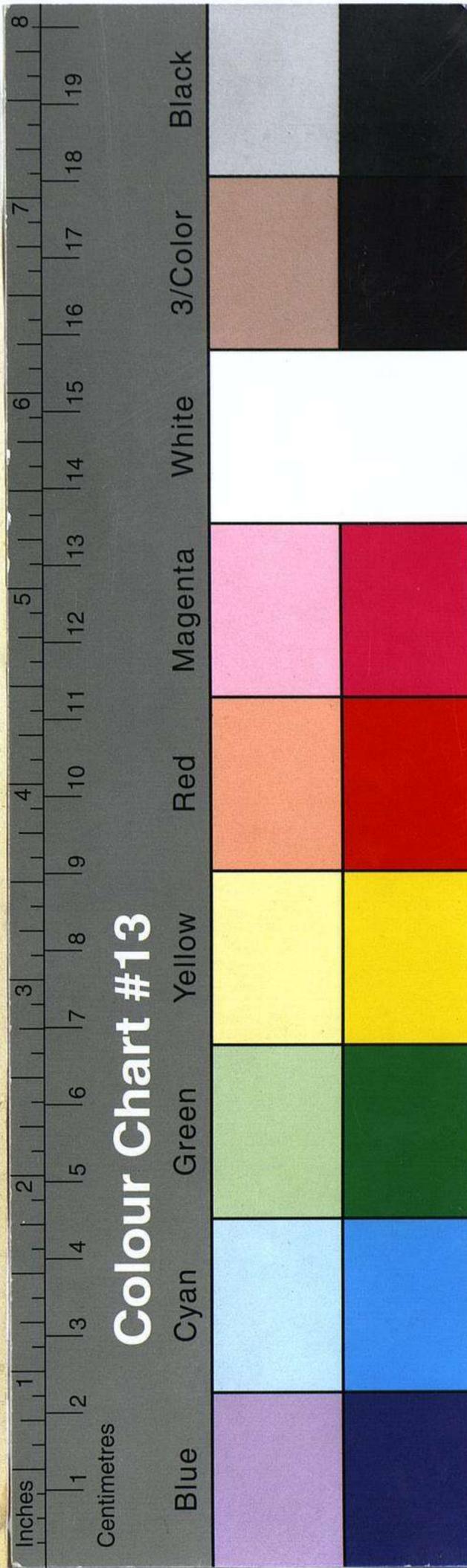
DEB. Se puede pasar adelante?

ALB. Chico, qué es esto? (dirigiéndose a él.) Ha caído el ministerio?

DEB. A qué viene esa pregunta?

ALB. Hombre, francamente; me admira tanta exactitud en ti; y al verte entrar en mi cuarto á las diez menos cinco minutos, acostumbrando tú ser siempre el último en acudir á nuestras citas, y siendo la de hoy para las diez y media, la verdad, creí que se os había llevado el diablo, es decir, á ti no, á tus patronos.

DEB. Tranquilízate sobre ese punto, mi querido vizconde. Es cierto que nosotros tambaleamos á veces, pero nos cuesta mucho trabajo el caer. Lo que ha sucedido es, que he pasado toda la noche trabajando en el ministerio; al amanecer he vuelto á casa, pero embebido en altas ideas



diplomáticas, no he podido conciliar el sueño; he mandado que me ensillasen un caballo y me he ido á pasear el bosque de Bolonia, en donde he advertido que me fastidiaba soberanamente, y que sentía aquí, (*señalando al estómago.*) cierta cosa, de que no vale á libertarnos toda nuestra diplomacia. Convencido entonces de que tenía mucho *spleen* y no menos apetito, me he acordado de que tú nos obsequiabas hoy, y me he dirigido aquí, por ver si podías curarme de estas dos enfermedades.

ALB. Para esa especie de males soy un excelente médico. German! (*llamando.*) Traete una botella de Jerez y unos vizcochos. (*sale German á traer lo que se le ha mandado.*) Entretanto distraete con uno de esos cigarros de contrabando, que son mejores que los de tus estancos. (*dándole cigarros.*)

DEB. Acude con esa interpelacion al ministro del ramo; (*dándose tono.*) nuestra mision es mas sublime. (*enciende un puro*) Ah! querido vizconde!.. qué feliz eres en no tener nada que hacer!

ALB. Hombre, no digas desatinos. Qué comparacion cabe entre esa vida de continuas emociones que tú llevas, y la monotonia de la mia? Secretario particular del ministro, tú eres depositario de todos los grandes secretos europeos; tú protejes á los reyes, y lo que es mucho mejor, amparas á las reinas, cual si fueses un caballero de la edad media; te sirves de la ambicion de los partidos como te acomoda, para elegir diputados que no te hagan la oposicion; y finalmente, con tu pluma y tu telégrafo, haces mas daño desde tu gabinete, que hacia Napoleon en el campo de batalla. (*marcando bien la ironia.*) Me parece que estos son medios de distraccion mas que suficientes; pero si no te bastan, yo cuento proporcionarte hoy uno de otro género.

DEB. Cuál?

ALB. Procurarte un buen conocimiento.

DEB. De hombre, ó de muger?

ALB. De hombre.

DEB. Gracias; (*con humor.*) conozco ya demasiados.

ALB. Si, pero, no conoces otro igual al que yo te digo.

DEB. Viene acaso del otro mundo?

ALB. Yo creo que viene de mas allá.

DEB. Y se retardará el almuerzo por aguardarle?.. En ese caso... (*haciendo señas de irse.*)

ALB. Nada de eso. (*entra German con los vizcochos y el vino.*) Escucha, ya oigo á Beauchamp en la antesala; poneos á disputar como de costumbre, y así entretendrás un poco el hambre, si no basta lo que estás haciendo. (*Debray se ha bebido una copa en cuanto entró German.*)

ESCENA III.

Los mismos y BEAUCHAMP.

CRIA. El señor de Beauchamp. (*anunciando.*)

ALB. Adelante, pluma terrible. (*entra.*) Aquí tienes á Debray, que te detesta por tus artículos, y eso que segun dice, ni siquiera los ha leído una vez.

BEAU. En eso estamos iguales; yo le critico sin saber lo que hace. Buenos dias. (*saludando.*) Pe-

ro permíteme que te pida una esplicacion. (*á Alberto.*) La ocupacion de Debray en este momento me indica que tardaremos mucho aun en almorzar; si es así, me largo. (*haciendo la accion.*)

ALB. Pronto almorzaremos; porque ya no faltan mas que dos personas.

BEAU. Se puede saber quiénes son?

ALB. Un caballero y un viajero.

BEAU. Adios, señores. (*haciendo ademán de irse*) Dos horas para aguardar al caballero, y otra cuando menos para el viajero, es demasiado tiempo para el que tiene tanto que hacer, como yo... Volveré á los postres; solo os pido que me guardéis un poco de fresa y un buen veguero. (*hace que se vá*)

ALB. No te muevas, querido; (*deteniéndole.*) te prometo que vengan ó no los dos sujetos que aguardamos, nos sentaremos á la mesa á las diez y media en punto.

BEAU. Eso es muy diferente. (*mirando su reloj.*) Son ya las diez, y aunque estoy bastante fastidiado, tengo aun suficiente paciencia para fastidiarme media hora mas.

ALB. Debray tambien tiene hoy el *spleen*, y no deja de ser muy chocante, siendo el uno de vosotros ministerial, y el otro de la oposicion. Yo creia que estando triste el uno, debia estar el otro muy contento.

BEAU. Ay, amigo mio! Es que tú no sabes lo que me aguarda hoy. Mira, por la mañana tengo que tragarme un discurso de Danglars en la cámara, por la noche, en el cuarto de su muger, me toca asistir á la lectura de una tragedia, compuesta por un Par de Francia. Total, dos ratos de fastidio insoportables.

ALB. Tú si que estás insufrible hoy! Te parece regular hablar así de los que van á ser muy pronto mis papás-suegros? No conoces que estando tan próximo á dar mi mano á la señorita Eugenia Danglars, no puedo permitir que critiques á unas personas que con su hija van á entregarme la miseria de dos milloncitos?

BEAU. Lo mismo te casarás tú con ella, que yo. Por mas que el rey haya nombrado Baron á Danglars, y aunque á este nombramiento haya añadido el de Par, no ha estado en su mano hacer que naciese caballero, y el vizconde de Morcefes demasiado aristócrata para contraer un enlace tan desigual.

ALB. Pero me parece que los dos millones compensan muy bien esa falta de nacimiento.

BEAU. Y para qué necesitas tú esos dos millones?

DEB. Mira, Alberto, creeme; deja á Beauchamp que diga lo que quiera, y cástate; dos milloncitos nunca vienen mal, por mucho que uno tenga por su casa.

CRIA. El señor marqués de Chateaubrun.

ESCENA IV.

Los mismos y CHATEAUBRUN.

BEAU. (Bueno, ya está aquí el caballero; ahora el viajero es el único que nos falta.)

DEB. Adios, mi amigo Chateaubrun! Yo te creia en la Argelia.

CHA. Ayer he llegado de allí, mi querido Debray.

ALB. Y yo os le presento hoy. (*á sus amigos.*) Me parece que mas fresquito no puede ser.

- CHA. Adios, señor de Beauchamp; tengo que daros un millon de gracias.
- BEAU. A mi, de qué?
- CHA. Habeis tenido la bondad de dedicarme un articulo en vuestro periódico, y esto siempre satisface á los hombres del gran mundo.
- BEAU. Pues podia olvidaros, despues de los prodijios de valor que hicisteis en la retirada de Constantina, siendo así que no habiais ido allí sino de aficionado!..
- CHA. Ya, pero hubo otro que los hizo mucho mayores, puesto que me salvó la vida; sin embargo, no habeis dicho de él ni una palabra.
- BEAU. Maximiliano Morrel, quereis decir? Un capitan de Spahi que llegó cuando rodeado vos de cuatro árabes que habiais enviado á comer con Mahoma, quedaban aun otros dos, que trataban á su vez de enviaros á cenar con Cristo? Y qué tiene de particular que un militar cumpliese con su deber, cuando vos, que no lo erais, habiais hecho tal zafarrancho? Esta es la razon por la cual nada he dicho de Morrel.
- CHA. Sin embargo, os le recomiendo muy particularmente, y sobre todo, á ti, mi querido Debray.
- DEB. Perdona por Dios, hermano; yo soy del interior; acuda al ministerio de la guerra, y se proveerá. (con énfasis.)
- CHA. Ya lo veo; pero como dice el adágio, que entre sastres no se pagan hechuras, á mi me ha parecido que de sastres á ministros no debia haber gran diferencia.
- DEB. Hablemos de otra cosa. (á Alberto.) Segun veo no nos falta mas que el viagero?
- BEAU. Y son ya las diez y cuarto. (sacando el reloj.)
- ALB. Yo no me he comprometido á que almorcemos antes de las diez y media! (á Chateaubrun) Pero sabes que tu debias habernos traído aqui á tu salvador para sentarlo en la mesa cara á cara del mio?
- CHA. Y de qué parte del mundo ha de venir á quien llamas tu salvador?
- ALB. Apurado me veria para decírtelo. Cuando le convidé hace cerca de dos años, para que viniese á almorzar hoy conmigo, se hallaba en Roma; desde entonces, quién es capaz de saber lo que habrá andado?
- CHA. Supongo que no nos vas á hacer almorzar con el Judío errante?
- ALB. No diré que no.
- DEB. Eso me importaria muy poco, con tal que él fuese puntual en acudir á la cita.
- ALB. Lo será, porque es un hombre capaz de todo.
- BEAU. Sin embargo, ya no faltan mas que seis minutos.
- ALB. Que yo aprovecharé para hablaros de mi huésped.
- BEAU. Y yo, si merece la pena lo que vas á contarnos, tendré materia para un folletin.
- ALB. Que te aseguro será muy interesante.
- BEAU. Entonces, empieza cuando quieras.
- ALB. Hace dos años, estaba yo en Roma por Carnaval...
- BEAU. Al grano; eso ya lo sabemos.
- ALB. Si, pero ignorais que fui cogido por unos bandidos.
- DEB. Cómo por unos bandidos?
- ALB. Si, chico; y á fé mia que tenian unas fachas capaces de asustar á la misma estatua de Enrique IV. Estos buenos señores me arrebataron de noche en medio del camino real, y tuvieron la humorada de conducirme á un sitio nada agradable por cierto, llamado las catacumbas de San Sebastian. Una vez su prisionero, exjian por mi rescate la insignificante suma de cuatro mil escudos romanos, ó sean veinte y seis mil libras tornesas. Para el pago, que habia de verificarse á las seis en punto de la mañana siguiente, y era ya media noche cuando me cogieron, no hallaron mejor finca que hipotecar los señores bandidos, que mi pobre cabeza; el lance era apurado, porque todo mi caudal consistia en 1500 libras, y no tenia medio de procurarme la cantidad que me exjian, porque mi crédito habia caducado ya, no habiendo tomado al salir de Paris letra abierta, como lo hubiera hecho, á saber lo que me aguardaba. A muerte ó á vida, me decidí sin embargo, á escribirsele todo á mi amigo Frantz de Epinay, que viajaba conmigo, y á quien todos conoceis.
- CHA. Y Frantz, que sin duda tenia letra abierta, te llevó los cuatro mil escudos, no es eso?
- ALB. No. Me llevó otra cosa mejor, que fué el sugeto á quien estamos esperando.
- DEB. Segun eso, ese hombre será un Hércules, que anda por el mundo deshaciendo entuerros, como el antiguo.
- ALB. Nada de eso; es un hombre de mi estatura poco mas ó menos.
- BEAU. Pues entonces, cómo pudo él solo librar-te de los bandidos?
- ALB. Del modo mas sencillo que puede darse; se acercó al oido del gefe, le dijo tres ó cuatro palabras, y en seguida me volvieron mi libertad.
- BEAU. Y te pedirian mil perdones, (riéndose.) de lo que habian hecho contigo?..
- ALB. Exactamente.
- DEB. Pero, quién es ese hombre extraordinario?
- ALB. El conde de Monte-Cristo.
- DEB. Bah, bah! tú te estas chanceando con nosotros, ó por mejor decir, estás entreteniendo nuestra hambre con un cuento; yo no creo que haya semejante titulo.
- BEAU. Poco á poco, Debray, eso no es del todo imposible, puesto que yo conozco un islote, por delante del cual he pasado yendo á Palermo, que lleva ese mismo nombre.
- ALB. Así es, y de ese montoncito de arena que se eleva sobre el mar, es de donde es rey y señor absoluto, el personaje de quien os estoy hablando.
- BEAU. Si tu conde no tiene otros estados mas que ese, será mas pobre que un raton de iglesia.
- ALB. Es millonario, puesto que posee una cueva llena de oro.
- BEAU. Te la ha enseñado?
- ALB. No, pero á no ser así, era imposible que gastase del modo que lo hace.
- DEB. Chico, perdona; pero lo que estás diciendo, tiene cierto saborcillo á uno de esos cuentos de las mil y una noches, que me hace no creer ni una palabra.
- ALB. Sin embargo, cuanto os digo es cierto; tan-

to que el conde tiene una porcion de caballos, que ninguno le ha costado menos de seis mil francos, y vive en compañía de una querida griega, que lleva mas boato que una sultana favorita.

BEAC. Y á esa, la has visto tú?

ALB. Dos veces; una en el teatro; la otra, un dia que almorcé en casa del conde.

DAB. Conque tu hombre come?

ALB. Tan poquisimo, que no sé cómo vive.

CHA. Ya vereis como el conde es un vampiro. (*burlándose.*)

ALB. Pues amigos míos, aunque os burleis de mí, tampoco me atreveré yo á decir que no lo sea.

DEB. Lo que me disgusta en él, es ese ascendiente que tiene sobre los bandidos.

BEAU. Pero tú crees que existan semejantes bandidos? (*á Debray.*)

DEB. No, ni tampoco creo que haya vampiros.

CHA. Soy de vuestra misma opinion, y aun diré mas; tampoco creo que exista Monte-Cristo, pues son ya las diez y media, y no se presenta á almorzar. (*mirando el reloj.*)

GER. Su excelencia el conde de Monte-Cristo. (*abriendo la puerta.*)

ESCENA V.

Los mismos y MONTE-CRISTO.

MON. En la exactitud consiste la buena educacion de los reyes, segun ha dicho uno de vuestros soberanos. Los viajeros tienen que faltar á ella muchas veces, contra toda su voluntad. Asi es, mi querido vizconde, que yo he llegado á vuestra cita, tres segundos despues de lo que habia prometido, retardo, que os suplico me disimuleis, en razon á las quinientas leguas que he tenido que correr, sin detenerme, por llegar á tiempo, distancia que en Francia y como en todas partes, no se anda sin sufrir algun percance, por pequeño que sea.

ALB. Bien sabia yo, señor Conde, que no dejariais de hallaros en Paris el 25 de junio á las diez y media de la mañana, como me habiais prometido. Hace poco que se lo decia asi á estos caballeros, que tengo la honra de presentaros. El señor marqués de Chateaubrun, (*presentándolos sucesivamente.*) de una de las familias mas ilustres de Francia; el caballero Debray, secretario particular del ministro del Interior; el señor Beauchamp, periodista célebre, terror del gobierno y el encanto de sus amigos.

MON. Señores, celebro en el alma que se me haya ofrecido esta ocasion de tener el honor de conoceros; pero os suplico me disimuleis si hallais algo en mí que choque con vuestras costumbres parisienses, nuevas enteramente para mí, que no he pisado hasta hoy vuestra capital. Acostumbrado á los usos orientales, nada tendria de particular que me hallaseis demasiado turco, demasiado árabe ó demasiado napolitano.

ALB. Lo que yo temo á mi vez es, que nuestra cocina no sea del agrado del señor Conde, y confieso que he faltado en no consultar vuestro gusto sobre el particular.

MON. Si me conocieseis á fondo, no abrigariais

semejante temor. Verdadero cosmópita, me es tan indiferente comer macarrones con los napolitanos, como el cocido con los españoles, ó los nidos de golondrinas con los chinos. Lo que hago, es comer poco en todas partes, y lo que es hoy, no probaré nada absolutamente.

ALB. Cómo es eso? Habreis almorzado por ventura en la diligencia?

MON. No; pero hallándome muy fastidiado, me he dormido, que es lo que hago siempre en casos semejantes. Por una organizacion particular de mi naturaleza, el sueño equivale en mí al alimento, y he aquí la causa de no poder almorzar hoy con vos, y con estos caballeros.

DEB. Segun eso mandais en vuestro sueño, caballero?

MON. Del modo mas despótico y absoluto.

ALB. Teneis alguna receta para dormiros cuando os acomoda?

MON. Tengo una infalible; se compone de excelente opio que yo mismo he ido á buscar á la China, para que nadie me engañase; este opio se mezcla con el mejor hatchich que se coge en la Arabia, y que tambien he ido á buscar yo mismo; como soy un quimico regular, he compuesto de estos dos ingredientes unas pildoras, que producen el efecto que habeis oido.

BEAU. Y las llevais siempre encima?

MON. Constantemente.

ALB. Quereis enseñárnoslas?

MON. No tengo el menor inconveniente. (*sacando una cagita hecha de una esmeralda.*) Vedlas aquí.

ALB. Con vos se camina siempre de sorpresa en sorpresa; jamás he visto una esmeralda semejante á esta, y eso que mi madre las tiene preciosísimas entre sus joyas.

MON. Yo poseia tres enteramente iguales, pero regalé una al gran Señor, que la hizo montar en el puño de su cimitarra; la otra se la di á nuestro Santo Padre, que la hizo engarzar en la tiara al lado de otra no tan buena, que fué regalada á Pio VII por el emperador Napoleon. Esta la converti en cagita para mis pildoras, lo cual la ha hecho perder la mitad de su valor, pero á mí me sirve perfectamente para el uso á que la he destinado.

BEAU. Señor Conde, tendreis inconveniente en decirnos qué clase de favores debiais al Santo Padre y al gran Sultan, para hacerles unos regalos de tanta consideracion?

MON. El Sultan me habia concedido la libertad de una esclava, y el Santo Padre habia indultado á mis ruegos á un hombre de la pena capital; de suerte que dos veces en mi vida he igualado en poder á los soberanos mas grandes que se conocen. (*entra un criado y habla al oido á Alberto.*)

CHA. Se trata de almorzar? (*á Alberto.*)

ALB. (*á Chateaubrun.*) Si, y al mismo tiempo el conde de Morcef, que sabe estais aquí, quisiera antes de irse á la cámara, (*á Monte-Cristo.*) daros las debidas gracias por el servicio que me hicisteis.

MON. Estoy enteramente á las órdenes del señor Conde. Vosotros, señores, idos á almorzar, pues yo haria un papel muy triste en vuestra mesa. Me quedo aquí para tener el honor de ha-

blar con el señor Conde. (*marcando cierta intencion.*)

ALB. Perfectamente. Pero no os marcheis sin verme.

MON. Ya sabeis que segun el compromiso contraido con vos, os pertenezco hoy por toda la mañana; por consiguiente, no recobraré mi libertad hasta que vos mismo tengais la bondad de devolvérmela.

ALB. Siendo asi, permitidme que os dege solo, porque estos caballeros tienen un apetito voraz, y oigo que mi padre se acerca ya hacia aqui.

MON. Adios, señores. (*acompañándolos hasta una puerta que dá al comedor, y volviendo en seguida á la escena.*)

ESCENA VI.

MONTE-CRISTO y luego MORCEF.

MON. Al fin voy á volverle á ver, y quizá á ella tambien; disimula tu odio, corazon mio! Alma mia, olvida tu antiguo amor!

MOR. (*dirigiéndose á Monte Cristo.*) Segun creo, tengo la honra de estar hablando con el señor conde de Monte-Cristo?

MON. El honor es para mi, caballero.

MOR. Seais bien venido á esta casa, cuyo heredero habeis salvado de una muerte inminente, favor que no hallo palabras suficientes con que agradeceróslo. La condesa de Morcef, que se hallaba en su tocador cuando la avisaron que estabais aqui, vendrá ahora mismo tambien á manifestaros personalmente su gratitud. (*ofreciéndole y tomando asiento.*)

MON. Lo tendré á mucho honor, y ya lo es para mi la bondadosa acogida que me dispensa un hombre de tanto mérito como vos. Permitidme, sin embargo, manifestar mi estrañeza, al ver que á pesar de tantos y tan buenos servicios como habeis prestado á la Nacion, no se os haya nombrado aun mariscal.

MOR. Eso consiste en que me he retirado del servicio activo. Nombrado Par de Francia en la Restauracion, hace mucho tiempo que lo seria, si la rama primogénita hubiese continuado en el trono. Los sucesos de 1830 me hicieron abandonar el servicio, y dedicarme exclusivamente á la politica y al estudio de las artes útiles á mis conciudadanos. Siempre habian sido estos mis deseos, pero mientras he estado con las armas en la mano, no me ha sido posible realizarlos.

MON. Ya no estraño que con semejantes ideas hayais logrado los franceses esa superioridad que os distingue de las otras naciones de Europa. Porque no deja de ser muy sorprendente que vos, por ejemplo, que sois hijo de una familia ilustre y poderosa, hayais querido empezar vuestra carrera militar, segun tengo entendido, sirviendo en la clase de simple soldado. Ahora que vuestro mérito os ha elevado al rango de general, volveis á emprender otra nueva carrera, sin mas miras que la de ser util á vuestros semejantes. Esto es magnifico, señor de Morcef, diré mas, esto es sublime!

MOR. Caballero!... (*inclinándose.*)

MON. Ah! no sucede asi en Italia; nosotros no salimos por lo general de la esfera en que nos

ha tocado nacer, y conservamos siempre la misma corteza, ó mejor dicho, la misma inutilidad para todo mientras vivimos,

MOR. Eso no se entiende con vos, señor Conde. Un hombre de vuestro mérito pertenece á todos los paises, y puesto que la Francia os abre los brazos, debeis arrojaros en ellos con confianza, pues aunque trata mal á sus hijos, no es madrastra para los extranjeros.

MON. Si me conocieseis, no me hablariais asi; mi corazon suspira por otros goces, y en cuanto á honores, no ambiciono ninguno. (*la Condesa se presenta en el umbral de la puerta, y al oír el eco de la voz de Monte-Cristo, se estremece y tiene que apoyarse para no caer.*)

MOR. (*sin reparar en la Condesa*) Si no temiese molestaros, os rogaria que me acompañaseis hoy á la cámara de los Pares, á oír una sesion que no dejaria de interesaros, y sobre todo, que os haria conocer nuestros usos parlamentarios.

MON. Tendré mucho gusto en que me renoveis esa oferta otro dia; por hoy no quisiera privarme del que tendré en ver á la señora Condesa como me habeis ofrecido. (*viendo á la Condesa.*) Ah! si no me engaño, creo que ya está aqui.

ESCENA VII.

Los mismos, MERCEDES.

MOR. Asi es. (*á la Condesa.*) Pero qué teneis que os habeis puesto tan pálida? (*Monte Cristo se levanta y permanece inmóvil con la mano sobre el corazon.*)

MER. No es nada, Conde; esta ligera indisposicion es hija de la grande emocion que he experimentado al ver por primera vez á aquel sin cuya intervencion no habria en esta casa sino lágrimas y luto. (*adelantándose hacia Monte-Cristo.*) Caballero, una madre que os debe la vida de su hijo, os bendice y dá gracias al cielo por haberla proporcionado esta ocasion de hacerlo personalmente. (*en toda esta escena y la siguiente deben manifestar tanto el Conde como Mercedes cierta intencion que diga mas que las palabras*)

MON. (*inclinándose.*) Señora, vuestras palabras me recompensan suficientemente de una accion la mas natural y sencilla. Salvar la vida de un hombre, y ahorrar á sus padres el eterno desconsuelo que les hubiera ocasionado la muerte del único fruto de su union, no fué mas que cumplir con un deber.

MER. Muy dichoso es mi hijo en que seais amigo suyo, y yo doy mil gracias á Dios de esta amistad.

MOR. Señora, ya he indicado á este caballero que me veia en la dolorosa precision de dejarle para ir á la cámara, donde debo hablar á las once, que no deben estar lejos; asi, os ruego que me reemplaceis á su lado, ya que mi deber me llama á otra parte.

MER. Id descuidado; yo trataré de que el señor Conde no eche de menos vuestra presencia aqui.

MOR. Señor Conde... (*saludando.*)

MON. Caballero... (*saludando; vase Morcef.*)

ESCENA VIII.

MERCEDÉS y MONTE-CRISTO de pié.

MER. (*muy conmovida.*) El señor de Monte-Cristo nos hará el honor de pasar hoy el día en nuestra compañía?

MON. Gracias, señora. Por alhagüena que sea para mi la bondadosa oferta que me haceis, no me es posible admitirla. Sin entrar en mi casa he venido aquí directamente desde la diligencia, y aun no sé si estoy bien ó mal alojado. Conozco que tal vez no es este un motivo suficiente de excusa, pero creo, sin embargo, que debe admitirse por hoy.

MER. Eso quiere decir que otro día nos proporcionareis ese gusto. (*tirando de la campanilla.*) Decid á mi hijo que el señor Conde va á retirarse. (*á un criado que ha acudido al llamar.*)

MON. Este retrato (*mirando al de Morcef*) es el del señor Conde?

MER. Si señor.

MON. Cómo es que lleva el uniforme griego?

MER. Mi marido ha estado tres años al servicio de Ali Tebelin, Bajá de Janina: fué uno de los pocos que se le conservaron fieles hasta su muerte, y á las liberalidades de aquel grande hombre, debemos nosotros la mayor parte de nuestra fortuna.

MON. En cuanto á este otro, señora... (*inclinándose hácia Mercedes, despues de mirar su retrato.*)

MER. Ese ya lo veis, es el mio... El mio, ay!... cuando era joven.

MON. El haberos retratado con ese trage, habrá sido sin duda un capricho? Si no me engaño, es el mismo que usan las mugeres de la pequeña colonia catalana, que habita en las cercanías de Marsella.

MER. En efecto. El conde de Morcef me vió en cierta ocasion con ese disfraz; y despues de casados ha querido que me retrate con él, como un recuerdo de lo bien que me sentaba, segun él dice.

MON. Alabo el gusto del señor de Morcef, y por mi parte puedo deciros, que el que os haya visto una vez en ese trage, no es posible que os olvide jamás.

ESCENA IX.

Los mismos, y ALBERTO.

ALB. Heme aquí á vuestras órdenes, mi querida mamá.

MER. Gracias á Dios! Ya no podia mas! (*ap. y cayendo en un sillón.*)

MON. Acabo de hacer presente á la señora Condesa, el motivo que me obliga á retirarme, y se ha servido admitirle.

ALB. En ese caso no os detengo mas. No quisiera que nuestra amistad os atase en lo mas mínimo, y solo os rogaré que me permitais os devuelva en Paris la generosa hospitalidad que me disteis en Roma, poniendo desde ahora mi carruaje á vuestra disposicion, interin llegan los vuestros.

MON. Gracias, Vizconde. Mi mayordomo Bertuccio ha venido á Paris cinco dias antes que yo, y habrá cuidado de eso. Lo único que necesi-

to, es que me digais si estoy muy lejos de la calle de Mont-Blanc.

ALB. A unos cien pasos. Teneis algo que hacer allí?

MON. Vive en ella mi banquero. Un tal Danglars.

MER. Le conoceis? (*con viveza.*)

MON. No señora; pero tengo letra abierta contra él. Es buen sugeto?

ALB. Escelente. (*á media voz.*) Es el padre de mi futura.

MON. Señora... (*saludando*) Con vuestro permiso...

ALB. Permitid que os acompañe, señor conde... (*disponiéndose á acompañarle.*)

MON. De ningun modo. (*deteniéndole, volviendo á saludar y marchándose.*)

ESCENA X.

ALBERTO y MERCEDÉS.

ALB. Qué es lo que teneis hoy? (*dirigiéndose á Mercedes.*) Os veo tan pálida, tan...

MER. En efecto, nomé hallo bien. Tal vez el aroma que exhalan esas flores... pero no será nada... nada... Dime, hablando de otra cosa, ¿has tenido ocasion de tratar á fondo al conde de Monte-Cristo? Crees que sea realmente tan gran señor como parece?

ALB. Si he de hablaros con franqueza, jamás he reflexionado sobre lo que ahora me preguntais, y...

MER. Perdona si te interrumpo. Qué edad crees tú que tenga el Conde?

ALB. Tendrá unos treinta y cinco á treinta y seis años.

MER. Treinta y cinco á treinta y seis años... (*reflexionando.*) Imposible! Has reparado en su palidez?

ALB. Si, y preguntándole una vez la causa, me contestó que la atribuía á que habiéndole hecho prisionero los beduinos, le tuvieron encerrado muchos meses en una mazmorra muy húmeda que estaba debajo de tierra.

MER. Puede ser! Y ese hombre, te quiere?

ALB. Yo al menos así lo creo.

MER. ¿Y tú le correspondes?

ALB. Si señora; pero confieso ingenuamente que hay en mi amistad hácia él, cierto terror, de que no sé darme razon yo mismo.

MER. Escucha hijo, mio; cuando eras niño te aconsejaba yo que fueses muy mirado en la eleccion de amigos; hoy que ya eres hombre, no necesitas tanto de mis consejos; sin embargo, te advierto, que procedas con cautela con el conde de Monte-Cristo.

ALB. Así lo haré; aunque á decir verdad, no hallo un motivo racional para desconfiar de él. El conde no juega, no bebe sino agua, no es disipado, tampoco puede ser tramposo, pues hace tal ostentacion de sus riquezas, que seria cosa de echarse uno á reir en sus barbas si viniese á pedirle dinero prestado. ¿En este supuesto, como puede ser sospechoso este hombre? ¿De qué podrá uno desconfiar de él?

MER. Me convences, y veo que mis temores son infundados; sobre todo, cuando él te ha salvado la vida pudiendo dejarte perecer. Con todo, como el corazon de una madre suele abrigar

ciertos temores vagos, que á veces no sabe á qué atribuirlos, no estrañes que te pregunte yo cosas de que te echarás á reir, pero que deseo saber para mi completa tranquilidad. ¿Tiene costumbre el conde de darte la mano?

ALB. Jamás me la ha dado, y confieso que esto me ha chocado bastante.

MER. ¿Te ha llamado amigo alguna vez?

ALB. Nunca.

MER. Ha comido contigo, ya siendo él tu convidado ó tú el suyo?

ALB. Jamás; y hoy mismo, ya veis lo que ha hecho.

MER. Si, ya lo he visto... (*reflexionando.*) Escucha, dentro de tres dias voy á dar un baile; convida al conde á asistir á él, y procura que no falte.

ALB. No creo que se niegue.

MER. En ese caso, yo sabré como he de manejar-me. Hasta luego, hijo mio; entretanto trata de ser amigo del conde. (*vanse.*)

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de casa del conde de Monte-Cristo, con un gabinete de estilo oriental en el fondo; este gabinete está medio tapado con cortinas que se descortinarán á su tiempo. Mesas, sillas, y adornos de lujo.

ESCENA PRIMERA.

MONTE-CRISTO, BERTUCCIO y despues BAUTISTA.

MON. Señor Bertuccio, de cuanto he visto en las piezas que he atravesado hasta llegar aqui, nada ha sido de mi gusto. Me hareis el favor de que todo desaparezca cuanto antes.

BER. Escelentísimo señor, me ha sido imposible hacer mas en tan poco tiempo.

MON. Que no vuelva jamás á salir de vuestros labios semejante palabra, cuando habéis conmigo. Con quinientas mil libras y cinco dias de término para emplearlas, nada hay imposible, señor Bertuccio.

BER. Es que aun me quedan doscientas mil por emplear.

MON. Muy mal hecho; debiais haber gastado toda la cantidad y hacer las cosas segun mi deseo. Basta por ahora. Llamad á Bautista.

BER. Bautista!.. (*á un bastidor; entra Bautista inmediatamente.*)

MON. Un año hace que estais en mi casa, (*á Bautista.*) tiempo que yo señalo á mis criados como de prueba; vos me convenis, (*Bautista se inclina*) pero ahora me resta saber si yo os convengo.

B. U. Señor excelentísimo...

MON. No he concluido aun. Yo os doy al año dos mil francos de salario, que es una cantidad igual, al sueldo que disfruta un valiente oficial del ejército, que arriesga su vida por la patria; vuestra mesa es mejor que la de aquel, y nada os cuesta, como tampoco el lavado y planchado de vuestra ropa; sin embargo, en lo que se gasta en la mia, y en las demas cosas de mi persona, que están á cargo vuestro, me robais otros mil por año...

BAU. Escelentísimo señor... (*queriendo disculparse.*)

MON. No me quejo de esto, pero quiero que no

paseis de ahí. Ahora lo único que tengo que advertiros es, que si os ocurriese alguna vez la idea de seguir mis pasos, de espiar mis acciones, ó de querer averiguar lo mas mínimo sobre mi modo de obrar, por estraño que este os parezca, os despido inmediatamente de mi casa.

BAU. Obedeceré exactamente las órdenes de vuestro señoría.

MON. Ahora idos. (*vase Bautista.*)

ESCENA II.

MONTE-CRISTO y BERTUCCIO.

MON. ¿Me habeis dicho que habiais alojado á Haidée en esta parte del edificio?

BER. Esas cortinas tapan el gabinete donde se encuentra.

MON. Habeis hallado en Paris alguna cosa particular que ofrecer á esa amable criatura?

BER. He encontrado una maravilla, monseñor; un gabinete arabesco, que es ese en donde está, por cuya razon me he decidido á comprar esta casa.

MON. Habeis hecho perfectamente. Preguntadla si puedo entrar á verla.

HAI. Monseñor!.. monseñor!.. (*Desde dentro: Bertuccio descubre las cortinas y se vá.*)

ESCENA III.

HAIDEE y MONTE-CRISTO.

HAI. ¿Necesitas acaso permiso para entrar en mi habitacion? No eres tu mi dueño, y yo tu esclava?

MON. Ya sabeis, Haidée, que ahora estamos en Francia. (*levantándose hacia ella.*)

HAI. Y eso qué importa? ¿Pero qué falta he cometido yo para que no me tutees como hasta aqui? Si te he faltado en algo, lo que debes hacer es castigarme.

MON. Haidée, desde que pisamos este pais, eres enteramente libre.

HAI. Libre!.. de qué?

MON. De separarte de mi, de obrar como mejor te parezca.

HAI. Separarme de ti!.. ¿Y por qué?

MON. Porque vamos á frecuentar la buena sociedad, y en ella vas á ver á esos jóvenes elegantes, entre los cuales hallarás tal vez alguno que te agrade, y yo no seré nunca tan injusto que...

HAI. Yo no quiero ver á nadie, ni nadie me ha gustado en este mundo sino mi padre y tú.

MON. (Pobre niña!) ¿Te acuerdas de tu padre?

HAI. Siempre está presente aqui. (*señalando á su cabeza.*)

MON. ¿Y yo, donde estoy?

HAI. Tú, aqui; (*señalando al corazon.*) y en todas partes. (*Monte-Cristo le besa la mano.*)

MON. Ahora que ya sabes que eres enteramente libre, solo me resta advertirte, que puedes conservar ese traje ó dejarle por otro si te acomoda; podrás entrar y salir cuando quieras de casa, para lo cual tendrás siempre un carruaje á tus órdenes. Lo que te ruego es, que á nadie reveles el secreto de tu nacimiento.

HAI. Todas esas prevenciones son inútiles, porque ya te he dicho que no quiero ver ni hablar á nadie.

- MON. Escucha, hija mia; ese aislamiento tal vez no será tan fácil en Paris como tú piensas. Continua aprendiendo nuestras costumbres europeas, como lo has hecho ya en Roma y en Madrid, que esto siempre te será útil; bien sea que permanezcas en Europa, bien vuelvas otra vez al Oriente.
- HAI. Me entristece el oírte hablar de esa suerte. ¿Pues qué, quieres dejarme?
- MON. Dejarte yo!.. Jamás! El árbol no es el que abandona la flor, sino la flor al árbol!
- HAI. Pues yo tampoco te olvidaré jamás, porque no sabría vivir sin ti.
- MON. Pobre niña! Tú dices ahora lo que piensas, pero no reflexionas que dentro de diez años seré yo un viejo, y tú estarás en la primavera de tu vida!
- HAI. ¿Y eso, qué importa? Mi padre tenía ya más de sesenta años, y á mi me parecía más hermoso que todos los jóvenes que tenía á su lado.
- MON. Eres digna hija del Epiro, y se conoce que descendes de aquella raza de dioses de tu país. Tranquilízate sin embargo, pues yo haré de modo que no pierdas tu juventud, porque si tú me amas como á un padre, yo también te quiero como si fueses hija mia.
- HAI. Te equivocas en eso; yo no quería á mi padre como te quiero á tí; y la prueba es, que le he sobrevivido, si tú murieses, yo moriría también.
- MON. Sin embargo, tú me has dicho que la imagen de tu padre no se separaba nunca de tí.
- HAI. Y es así; si vieras que hermoso estaba en un día de batalla, y como huían de él sus enemigos!..
- MON. Y no obstante, sucumbió...
- HAI. No; fué vendido por el mismo á quien había cubierto de diamantes, por el hombre que debía defenderle á todo trance.
- MON. Tranquilízate, hija mia, y sabe que hay un Dios que castiga á los traidores.
- HAI. Y que recompensa á los buenos, no es verdad? Ese te recompensará á tí todo el bien que me has hecho.
- BER. Perdonadme si os interrumpo. (*entrando y dirigiéndose á Monte-Cristo.*) El señor vizconde de Morcef desea hablar con V. E.
- MON. Hacedle entrar dentro de un momento, (*á Bertuccio que se va.*) ¿Me permites que le reciba en tu gabinete? (*á Haidée.*)
- HAI. Todo lo que hay en esta casa es tuyo, monseñor, y puedes disponer de ello como gustes.
- MON. Pues bien, retírate y déjanos solos. Si te envío á llamar, no tengas reparo en venir, ni en hablar de tus padres, y hasta de la traición de que tratábamos hace poco; sin embargo, no digas de ningún modo el nombre del traidor.
- HAI. Lo haré así, por más que me cueste. (*vase.*)
- BER. El señor vizconde de Morcef. (*anunciando.*)

ESCENA IV.

ALBERTO y MONTE-CRISTO.

ALB. En verdad, conde, que en vuestra casa se camina de maravilla en maravilla. Acabo de atravesar un salón digno del palacio de Saladino, y me hallo en el gabinete de una...

MON. Quereis tomar el té conmigo, vizconde?

ALB. Con mucho gusto.

MON. ¿De donde venis ahora? (*tira del cordón de la campanilla.*)

ALB. Iba á deciroslo. Vengo de casa de Danglars, que está asustado de vuestro ilimitado crédito.

MON. Pobre hombre!.. (*á Bautista que entra con el té.*) Ponedlo ahí. (*señalando un velador.*)

ALB. ¿Sabeis, mi querido conde, que no admiro tanto vuestras riquezas, como la puntualidad con que os sirven vuestros criados? Apenas manifestais un deseo, cuando ya está satisfecho.

MON. En eso hay un poco de exageración, vizconde. Lo que sucede es, que mis criados conocen ya perfectamente todas mis costumbres, así como las generales de la sociedad; por ejemplo, ¿qué es lo que vos deseais en cuanto hayais tomado el té? (*tira dos veces de la campanilla.*)

ALB. Lo que desea todo el mundo; un buen habano, ó una excelente pipa. ¿Pero á quién llamais ahora?

MON. Vais á verlo (*Ali entra con dos pipas*)

ALB. Repito que esto es incomprendible. (*al ver á Ali*)

MON. Nada de eso; es la cosa más sencilla del mundo. Ali sabe que lo general es fumar cuando se toma café ó té; sabe que somos dos á tomarlo, oye que le llamo, y como es de un país en donde la hospitalidad se ejerce con los extranjeros presentándoles la pipa encendida, en lugar de traer una, trae dos; una para vos y otra para mi.

ALB. Lo explicais perfectamente; sin embargo, en Paris, no estamos acostumbrados á esta exactitud. ¿Que habitación es esa?

MON. La de Haidée.

ALB. Haidée!.. que nombre tan bonito!.. ¿Pero de veras hay mugeres que se llaman así?

MON. Sin duda. Ese nombre tan raro en Francia, es muy común en la Albania y en el Epiro; es como si dijésemos castidad, pudor, inocencia. Es, en fin, un nombre de pila, como decís los parisienses.

ALB. Y tan significativo como bonito; cuanto daría yo porque nuestras señoritas se llamasen así!.. Cuanto mejor no le sentaría á mi futura, en lugar de llamarse Clara Maria Eujenia Danglars, la llamasen Castidad, Pudor, Inocencia Danglars, y sobre todo, que efecto tan magnífico produciría esto al leer el sacristán las amonestaciones en la misa mayor!..

MON. No seais loco; Haidée podía oiros.

ALB. ¿Y se enfadaria?

MON. Las esclavas no tienen ese derecho.

ALB. Dejémosnos de bromas, señor conde; ¿si queréis hacerme creer que todavía hay esclavas?

MON. Sin duda que las hay, puesto que Haidée lo es mia.

ALB. Así habría de ser, para que no tuvieseis nada como los demás hombres. Y bien mirado, el ser esclava vuestra, debe ser una de las posiciones más brillantes de Francia, y que cuando menos valdrá cien mil escudos al año.

MON. ¿Y qué son cien mil escudos anuales para Haidée, cuya cuna estaba rodeada de tesoros, en cuya comparación no son nada los de las Mil y una noches?

ALB. ¿Segun eso, será una princesa?

MON. Y de las mas poderosas de su pais.

ALB. ¿Y cómo ha venido á parar á un estado tan deplorable?

MON. Por un contratiempo de esos que son tan comunes en las guerras.

ALB. ¿Su nombre es un secreto?

MON. Para todo el mundo, si; pero no para vos, que sois amigo mio; sin embargo, os pongo por condicion para deciroslo, que no se lo revelareis á nadie.

ALB. Lo juro por mi honor.

MON. ¿Habeis oido hablar del Bajá de Janina?

ALB. Y mucho. Ali Tibelin fué el protector de mi padre, y á su lado hizo este su fortuna. ¿Pero qué relaciones median entre Haidée y el Bajá?

MON. Nada mas que ser Haidée hija suya.

ALB. Dios mio!.. ¿y como es ahora esclava vuestra?

MON. Del modo mas sencillo; porque la he comprado en el mercado público de Constantinopla.

ALB. ¿Tendreis inconveniente en presentarme á vuestra prisionera?

MON. Ninguno, pero ha de ser con dos condiciones.

ALB. Que yo acepto desde ahora.

MON. La primera, que á nadie confiareis esta entrevista; la otra, que no direis á Haidée que vuestro padre ha estado al servicio del suyo.

ALB. Renuevo mi anterior juramento.

MON. Basta. (llama con la campanilla y se presenta Ali.) Di á Haidée que deseo que venga á tomar té con nosotros, y hazla comprender que quiero presentarla un amigo. (Ali se inclina y sale.)

ALB. ¿Pero cómo va á desempeñar este esclavo su comision, siendo mudo?

MON. Ahí teneis mi respuesta.

ESCENA V.

Los mismos y HAIDÉE.

HAI. ¿A quién me presentas? (á Monte-Cristo que ha salido á su encuentro.) A un amigo, á un hermano, á un enemigo, ó á un mero conocido?

MON. A un amigo.

HAI. Seais bien-venido, vos que sois el amigo de mi dueño y señor, tomad asiento en mi casa. (Alberto entrega la pipa á Ali antes de hablar.)

MON. Podeis continuar fumando sin temor de que Haidée se incomode por ello.

ALB. Señora, escusad mi turbacion al veros, y al ver todo lo que me rodea en este momento. Hace poco, al oir el ruido de los omnibus, y los gritos de nuestros revendedores, me creía en Paris; trasportado á este gabinete y en vuestra presencia, creo hallarme en el Cayro ó en Bagdad. ¿Quereis decirme, señor conde, de qué puedo yo hablar con esta señora?

MON. De lo que gustéis: de su pais, de su juventud, de sus recuerdos, ó si os parece mejor, de óperas, de modas, ó de bailes.

ALB. Sin duda que estas últimas serian las conversaciones que tendria con una frivola parisiense; con una griega prefiero hablar de Oriente.

MON. Habeis elejido precisamente, la conversacion que le es mas agradable.

ALB. De qué edad salisteis de Grecia? (á Haidée.)

HAI. De cinco años.

ALB. Y conservais algun recuerdo de vuestro pais?

HAI. Cuando cierro los ojos, veo todos los sitios en donde pasé mi mas tierna infancia, cual si los tuviese realmente presentes; porque la mirada del alma, no se equivoca jamás, como suele suceder con la del cuerpo. Recuerdo con placer aquellos frondosos sicomoros á cuya sombra se hallaba echado mi padre, fumando su pipa, y mirándome con una dulce sonrisa, interin yo me entretenia jugando con su larga barba, blanca como la nieve. Recuerdo, finalmente, como si acabase de suceder ahora mismo, la última vez que me estrechó contra su seno, (muy afectada.) pero me permitireis que no hable mas sobre un hecho que me conmueve tan profundamente!..

MON. Al contrario, cuéntaselo todo.

HAI. Era una noche tenebrosa. (mirando á Monte-Cristo y significando con la mirada lo doloroso que le es el hablar.) Mi padre nos habia escondido en un subterráneo á mi madre Vasiliki y á mi, con todas sus demas mugeres y sus hijos. Yo estaba asustada, aunque no comprendia bien lo que significaban aquellas precauciones desusadas, cuando de repente oigo la voz de mi padre, semejante á un trueno horroso, que me hizo levantar sin saber lo que me hacia, y dirigirme á mirar por la rendija de una puerta, la estancia inmediata en donde se hallaba mi padre. Lo que yo creia una estancia, no era mas que un terraplen inmediato al mar, todo él estaba rodeado de barcos llenos de soldados.—Qué quereis, decia mi padre á unos hombres que tenian en la mano un papel escrito con letras de oro.—Lo que quereis, le contestaron, es comunicarte este firmán del sultan.—Qué es lo que pide? Repuso mi padre.—Tu cabeza, contestaron aquellos hombres.— Mi padre prorumpió en una carcajada mas terrible que lo hubiera podido ser la mayor amenaza, y ellos contestaron con dos pistoletazos que derribaron á otros tantos hombres.— Entonces treinta palikaros que habian permanecido fieles á mi padre, le rodearon y contestaron al fuego de sus enemigos. Desde aquel momento ya no se oyó mas que el silvido de las balas, mezclado con los ayes de los que caian; el humo nos ahogaba ya, cuando de pronto se oyó una fuerte detonacion que hizo volar hecha astillas la puerta por donde yo habia estado mirando antes lo que pasaba... Mi padre, atravesado de dos balazos, se arrojó entonces en el umbral de aquella que habia sido puerta, y estrechándome con un brazo, y defendiéndose con el otro, cayó atravesado por mas de veinte cobardes, que no le hubieran podido vencer, á no estar tan estenuado por la mucha sangre que vertian sus heridas. Mi madre, que estaba á mi lado, cayó desmayada, y yo lo mismo. Ay!.. no puedo pensar en aquella noche fatal sin estremecerme!..

MON. Animate, hija mia, y no olvides que hay un Dios que castiga á los malvados.

ALB. Que historia tan horrorosa!.. Mucho siento haber sido la causa de que se hayan renovado vuestras heridas con tan triste narracion. Lo que no entiendo es, qué motivo pudo haber para tan espantosa catástrofe.

HAI. Voy á deciroslo. Entre los que poseian la confianza de mi padre, hubo un traidor, que guió á sus enemigos hasta el sitio donde nos hallábamos escondidos, pues de resultas de haberse perdido ya algunas de nuestras plazas, hacia muchos dias que dormiamos en ciertos parages que creiamos seguros, y que sin duda lo hubieran sido, á no haber mediado una traicion.

ALB. Tranquilizaos, señora, y perdonad mi indiscrecion.

MON. No paseis cuidado por Haidée; es muger valerosa, y muchas veces ha encontrado alivio á sus penas con referirlas.

HAI. Eso consiste en que al hablar de mis dolores, recuerdo tus beneficios, monseñor.

ALB. Creo, señor conde, que á pesar de la firmeza de alma de esta señora, no debemos permitir que continúe hablando de tan tristes acontecimientos; vos me contareis otro dia cómo vino á ser esclava vuestra.

MON. Haidée vá ahora mismo á satisfacer vuestra curiosidad.

HAI. Lo exigis así, monseñor?

MON. No, hija mia; te lo ruego.

HAI. Entonces, prosigo. Mi madre y yo fuimos conducidas ante el gefe de las tropas del sultan. Mátame, le dijo mi madre, pero respeta el honor de la viuda del Bajá de Janina Ali Tibelin. No es á mi á quien debes dirigirte con esa súplica, la contestó el Seraskier.—A quién pues, replicó mi madre?—A tu nuevo dueño que está aquí presente, la dijo el Seraskier, mostrándola el traidor que habia vendido á mi padre, y que habia sido su verdadero asesino.

ALB. Y se atrevió el infame á guardaros como esclavas suyas?

HAI. No tuvo valor para ello, pero nos vendió á unos traficantes en esclavos, que iban á Constantinopla. Atravesamos la Grecia en el estado de abatimiento que podeis figuraros, y llegamos á las puertas de la ciudad imperial, donde hallamos una infinidad de curiosos que habian salido hasta allí por vernos. De repente mi madre alzó la vista casualmente, y vió sobre la puerta la cabeza de mi padre, pendiente de una escarpia; al verla, lanzó un grito agudo y doloroso, y cayó muerta á mis pies. Yo fui conducida entonces al Bazar. Un armenio rico me compró, y me hizo instruir con el mayor esmero, hasta que á la edad de trece años me vendió al sultan Mahamud ..

MON. A quien yo se la compré por una esmeralda igual á la que habeis visto.

HAI. Oh qué bueno eres, monseñor, y cuán dichosa soy yo en pertenecerte!..

ALB. Y ese infame traidor, ese miserable que os vendió, ha sufrido ya el castigo de su vileza?

MON. No, pero lo sufrirá muy pronto.

BER. (anunciando) Escelentísimo señor?

MON. Qué ocurre?

BER. El señor conde de Morcef pregunta si V. E. está visible.

MON. Vuestro padre!..

ALB. Sin duda viene á convidaros á un baile, que dá mi madre mañana.

MON. Hacedme el gusto de salir á recibirle al salon, yo voy allá al momento.

ALB. Pero hemos de dejar sola á Haidée, en el estado en que se halla?

MON. No tengais cuidado, id!..

ALB. Adios, noble criatura. (á Haidée yéndose.)

MON. Dónde está el conde? (á Bertuccio.)

BER. En su carruaje, en la verja exterior.

MON. Hacedle entrar, y que atraviese el patio á pie. (vase Bertuccio.)

ESCENA VI.

MONTE-CRISTO, HAIDEE.

MON. Estarás preguntándote á ti misma, qué causa púede haber habido para que yo te haya hecho sufrir tanto, haciéndote referir tus desgracias? No es así, hija mia?

HAI. Si, porque tú eres bueno y sabes lo mucho que padezco recordando á mi padre.

MON. De ese modo, tendrías gran gusto en vengarle?

HAI. Tú lo has dicho hace poco; soy digna hija del Epiro, y para mi la venganza es un deber. Pero dónde hallaremos á ese infame Fernando?

MON. Ven.

HAI. Que me quieres?

MON. Mira. (desde una ventana señalando al patio.)

HAI. Dios mio!.. Es esto un sueño... El! El!.. (después de haber mirado)

MON. Quién es él?

HAI. El miserable, el traidor Fernando, el asesino de mi padre!..

MON. Te equivocas, Haidée; ese caballero es el conde de Morcef, Par de Francia.

HAI. Pues yo te digo, Monseñor, que ese es el traidor... el infame Fernando!..

MON. Serénate, hija mia; pronto sabremos si el conde de Morcef y el coronel Fernando, que vendió á su bienhechor el Bajá de Janina, son un mismo sugeto.

HAI. Y entonces?

MON. Entonces, te prometo que quedarás vengada.

HAI. Oh padre mio!.. (mirando al cielo.) Ya lo has oido de la boca del hombre que no miente jamás!

CUADRO TERCERO.

Uno de los salones de descanso contiguos al baile, en casa de Morcef; puertas á los lados y en el fondo. Al levantarse el telon, se oye música de baile, que continua hasta la mitad de la escena tercera. Sillas y demas adornos de lujo.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES y ALBERTO; varios convidados están hablando en el fondo.

MER. Mucho temo que no venga. (á Alberto.)

ALB. Me ha dado su palabra, y os respondo que la cumplirá.

MER. Has visto á la señora de Danglars y á Eugenia su hija?

DE MORCEF.

ALB. Acabo de verlas en el salon principal; por cierto que Eugenia iba del brazo con la señorita de Villefort.

MER. Voy á su encuentro, y á hacer los honores de la fiesta; avisame asi que veas al conde. *(vase foro)*

ESCENA II.

Dicho y DEBRAY que entra al mismo tiempo que sale Mercedes, á quien saluda.

DEB. Adios, querido Alberto; deseaba verte. Es cierta la noticia que acaban de darme, de que Danglars ha perdido millon y medio sobre los fondos españoles?

ALB. Nada puedo decirte; pero aun cuando esto fuera posible, es hombre de tanta suerte, que ganará el doble por otra parte. No parece sino que tiene encadenada la fortuna, ó que dispone de un telégrafo, que le comunica las noticias mucho antes que los del gobierno!

DEB. No me dirás si vendrá el conde de Monte-Cristo?

ALB. Asi me lo ha ofrecido.

DEB. Cuantas paparruchas se cuentan del tal personaje! Unos dicen que su verdadero apellido es Zaconi; otros que es Maltés; quien que su padre era armador; que ha servido en la India, y que ahora está explotando una mina en Tesalia. Ayer, en la bolsa, me dijo un amigo, que es un refugiado polaco que ha mandado las tropas del Bajá de Egipto, y que ha hecho la pesca de perlas en Ceilan, habiendo sacado el año anterior mas de tres millones de perlas.

ALB. Silencio, ya está aqui.

ESCENA III.

Dichos y MONTE-CRISTO.

ALB. Habeis visto á mi madre? *(dirigiéndose al conde.)*

MON. Acabo de tener el honor de saludarla; á quien no he visto ha sido al conde de Morcef.

ALB. Estará en algun rincón del salon, hablando de politica, pero aqui viene el señor de Danglars, que tal vez nos dará noticias suyas. *(á Danglars.)* Habeis visto á mi padre? *(Danglars dice con la cabeza que no, y se dirige á Monte-Cristo.)*

DAN. Adios, señor conde.

MON. Señor baron... *(con frialdad.)*

DAN. No concibo por qué me llamais asi, sabiendo el poco caso que hago de mi título; *(algo turbado)* eso á quien halaga es á los jóvenes. No es verdad, vizconde? *(á Alberto.)*

ALB. Asi es, porque si yo no fuera vizconde, no seria nada; al paso que vos, aun cuando perdais vuestro título aristocrático, aun os queda el de millonario.

DAN. Que sin duda vale mucho mas.

MON. Sin embargo, tiene ese título la contra, de que no es tan duradero como el de baron ó marqués; testigo la casa de Franck y Poulman de Francfort, que acaba de declararse en quiebra.

DAN. De veras? *(bastante azorado.)*

MON. Si, acabo de saberlo por uno de mis correos particulares. Por fortuna hace dos meses que tuve noticia de lo que iba á suceder, y pude

retirar unos dos millones que tenia impuestos alli.

DAN. Lo peor es, que esa casa ha girado contra la mia doscientos mil francos, hace muy pocos dias.

MON. Pues bien, ya estais advertido de lo que pasa; su firma vale cuando mas un cinco por ciento.

DAN. Si, pero ya es tarde; acabo de hacer honor á su firma.

MON. Pues contad con doscientos mil francos perdidos.

DAN. Os suplico que no habléis tan alto; estas cosas no conviene que se sepan.

ALB. *(que se ha acercado al fondo, dice á Mercedes que entra.)* Señora, ya os echaba de menos. *(á este tiempo un criado con sorbetes ofrece uno á Monte-Cristo.)*

MON. Gracias. *(al criado, sin tomarlo.)*

MER. *(á Alberto.)* Ya lo ves.

ALB. Como es eso, señor conde, no quereis aceptar un sorbete, haciendo aqui tanto calor?

MON. Gracias.

MER. No te lo decia yo? *(ap. á Alberto)*

ALB. Y bien, madre mia, por qué os dá tanto cuidado que el conde de Monte-Cristo no quiera tomar un sorbete? Yo no veo nada de particular en esto.

MER. Bien sabes que las mugeres, y sobre todo las madres, tenemos preocupaciones muy particulares. Yo tengo esta, y hubiera visto con mucho gusto que el conde tomase algo en mi casa, aun cuando no hubiese sido mas que un grano de uva. Sin embargo, quizá no puede acostumbrarse á nuestros usos, ó tal vez dé la preferencia á alguna otra fruta ó dulce que nosotros no sabemos.

ALB. Tal vez se halle indispuerto, porque en Italia le he visto comer de todo.

MER. O quizá como está acostumbrado á habitar en paises mas cálidos que este, será menos sensible al calor que nosotros.

ALB. Eso no, porque ahora mismo decia que se ahogaba.

MER. En ese caso es preciso que yo averigüe en qué consiste esto; procura llevarte á otro salon al señor de Danglars, y déjame á solas con el conde. *(acercándose á Monte-Cristo)* Qué calor hace aqui, señor conde. *(Alberto y Danglars se van por el fondo.)*

MON. No es extraño, señora; hay tantas luces! Y como todo está cerrado!

MER. *(á los criados)* Abrid esas persianas.

MON. Señora, no debeis esponeros á la impresion del aire, con ese vestido tan ligero; yo creo que seria mas prudente que os volviérais al salon del baile.

MER. No, me quedo un rato en vuestra compañía, si vos me lo permitis.

MON. Es una felicidad para mi, señora.

MER. *(tomando una manzana, de una bandeja con fruta que habrá sobre una mesa.)* Aunque sé que nuestras manzanas son inferiores á las que habreis comido en otros paises, me atrevo, sin embargo, á ofreceros esta, esperando que seais bastante complaciente para probarla. *(Monte-Cristo dá gracias con la cabeza, sin aceptar.)* Cómo! Me haceis ese desprecio?

MON. Dispensadme, señora!

MER. Por cierto que soy bien desgraciada! (se le cue la manzana de la mano; momento de silencio; el conde no la levanta.) Caballero, hay entre los árabes una costumbre muy sencilla, que establece una amistad eterna, entre los que comieron juntos, bajo un mismo techo.

MON. La conozco perfectamente, señora. Pero ni estamos entre árabes, ni hay en Francia esas amistades eternas.

MER. Pero nosotros somos amigos, no es cierto?

MON. Y por qué no?

MER. Gracias, caballero. Es cierto que habeis sufrido mucho?

MON. Oh! mucho, señora!

MER. Y en este momento, sois dichoso?

MON. Sin duda, puesto que no me quejo.

MER. Segun eso, vuestra felicidad actual, os inspirará ideas de dulzura?

MON. Mi felicidad actual, no es comparable sino con mis pasadas desgracias.

MER. Sois casado?

MON. Casado yo, señora!.. Quién ha podido decirnos tal cosa?

MER. Nadie me lo ha dicho... pero como se os ha visto varias veces en la ópera acompañado de una joven hermosísima...

MON. Es una esclava que compré en Constantinopla. Es de sangre real, y hallándome solo en el mundo, la he adoptado por hija mia.

MER. No teneis familia?

MON. Soy enteramente solo en este mundo.

MER. Y cómo podeis acostumbraros á tan triste soledad? Cómo no habeis tratado de unir vuestra suerte á la de otra persona, que sin duda hubierais hecho feliz?

MON. No ha sido por culpa mia, señora. (muy marcado.) Yo amaba á una joven, y en el momento en que iba á unirme con ella, fui victima de una intriga infame, origen de todas mis ulteriores desgracias, que me arrancó de mi país por muchos años. Creia yo que ella me amaba lo suficiente para conservarse fiel á sus juramentos; pero al regresar á mi patria, la hallé en los brazos de otro. Esta es mi historia y la de casi todos los hombres que se han fiado en la constancia de vuestro sexo.

MER. Pero ese amor nunca se habrá desarraigado del todo de vuestro corazón, porque á mi modo de ver, no se ama de veras sino una sola vez. La habeis vuelto á ver?

MON. Si señora.

MER. Y la habeis perdonado?

MON. A ella, si.

MER. Y aborreceis todavía á los que fueron causa de vuestra separacion?

MON. Yo? De ningun modo; por qué he de aborrecerlos?

MER. En ese caso, aceptad mi mano; no es cierto que somos amigos?

MON. Amigo vuestro, señora! No tengo semejante pretension... Soy vuestro servidor, y nada mas.

MER. Dios mio! Dios mio! (vase precipitadamente, al mismo tiempo que por otra puerta viene Alberto á la escena.)

MONTE-CRISTO, ALBERTO, viendo salir á su madre.

ALB. Qué significa esto, Conde; estais reñido con mi madre?

MON. Bien veis que no, puesto que acabais de oirla decir que somos amigos.

ALB. Estoy desesperado, amigo mio; el señor Danglars acaba de hacer salir del baile á su señora y á su hija

MON. Y qué causa puede haber...

ALB. La ignoro; solo he notado que en los salones habia muchos corrillos, y que se hablaba en ellos con sumo interés! Procuré saber la causa de tales reuniones, y un criado me ha dicho, que lo que motivaba sus disputas y acaloramiento, era una noticia publicada en el *Imparcial*, periódico de la tarde.

MON. El que dirige Beauchamp?

ALB. El mismo. Asi es que no he dudado en batirme con él.

MON. Con vuestro mejor amigo! Por qué causa?

ALB. Por haber atacado á mi honor.

MON. Oh! eso es muy serio! Pero antes de todo, tened calma y decidme, cuál ha sido la causa?

ALB. En el periódico de que es director... Pero lo mejor será que lo leais vos mismo. (dándole un periódico.) Tomad, aqui...

MON. (leyendo.) «Nos escriben de Janina: Ha llegado á nuestra noticia un hecho completamente desconocido hasta el dia, ó cuando menos inédito, que es el siguiente. Los fuertes que defendian la ciudad de Janina, fueron entregados á los turcos por un oficial francés llamado Fernando, en quien el Bajá Ali Tebelin tenia depositada toda su confianza. Se asegura tambien, que ese mismo oficial ocupa hoy en Francia uno de los primeros puestos del Estado.» Y bien, qué veis en todo esto que os choque?

ALB. Una friolera! Mi padre, el conde de Morcef, se llama Fernando, y ha estado al servicio del Bajá; no lo sabiais?

MON. Lo recuerdo, ahora que vos me hablais de ello; pero lo habia olvidado, como hago con todo lo que no me interesa directamente.

ALB. Entonces ya comprendéis que me sobra la razon para exigir una satisfaccion á ese miserable.

MON. Creo que os acalorais demasiado pronto, Vizconde. Quién quereis que vaya á acordarse en Francia de que el oficial Fernando y el conde de Morcef son uno mismo? Por otra parte, quién piensa ahora en Janina, tomada, si no me equivoco, en 1822 ó 1823?

ALB. Ahí está la infamia. Sin duda esta calumnia es una venganza preparada muy de antemano; y despues de haber dejado pasar tanto tiempo desde la toma de Janina, salen hoy con esa invencion, á fin de fomentar un escándalo, para mancillar el honor de mi buen padre; así no extrañeis que siendo yo el único heredero de su fortuna, y lo que importa mas, de su nombre, trate de buscar á Beauchamp, y de salir á batirme con él, en cuanto le encuentren dos amigos míos que voy á enviarle ahora mismo.

MON. Creo que haceis mal.

ALB. Y por qué no he de batirme con él?

MON. Yo no digo que no os batáis; lo que digo

es, que este asunto es mas grave de lo que parece á primera vista, y que antes de obrar, es preciso que reflexioneis en lo que vais á hacer.

ALB. Ha reflexionado él para insultar á mi padre?

MON. Vamos á ver... supongamos... cuidado que esto no es mas que una suposicion... supongamos, digo, que el hecho que refiere el periódico fuese cierto...

ALB. Un hijo no puede admitir semejante suposicion, cuando se trata del honor de su padre.

MON. Estamos en una época en que se ven tantas cosas! En fin, antes de enviar esos dos amigos, informaos mejor de lo que puede haber en el asunto.

ALB. Y de quién he de informarme?

MON. De Haidée.

ALB. Y hemos de mezclar á una señora en este asunto? De ningun modo.

MON. Entonces ya no queda mas que un medio. En vez de enviar unos estraños á hablar con Beauchamp, vedle vos mismo, y tratad de persuadirle con buenos modos; si dando este paso se retracta de lo dicho, le dejais todo el mérito de haberlo hecho; si se niega á retractarse, entonces nada tendreis que echaros en cara.

ALB. Quiero seguir vuestro consejo; pero si á pesar de todos mis esfuerzos se verificase este desafio, sereis uno de mis testigos?

MON. Mucho siento, querido Vizconde, que este favor no sea del número de los que yo puedo haceros.

ALB. Pero al menos me dareis una leccioncita de esgrima ó pistola antes de batirme?

MON. Tampoco puedo complaceros en eso.

ALB. Es decir que no quereis mezclaros para nada en este asunto?

MON. En nada absolutamente.

ALB. Entonces no hablemos mas.

MON. Abi teneis á vuestro amigo. (viendo entrar á Beauchamp.)

ESCENA V.

Los mismos, y BEAUCHAMP.

ALB. Llegais muy á propósito, Beauchamp.

BEAU. Lo celebro mucho; ya sabes que siempre tengo gusto en verte y en complacerte en lo que yo pueda.

ALB. Precisamente iba á buscaros á vuestra casa.

MON. Yo os dejo solos, y me vuelvo á la mia. Si me necesitais, alli me encontrareis, Vizconde.

ALB. Está bien. Id con Dios.

MON. Señor de Beauchamp, hasta la vista.

BEAU. Adios, señor conde.

MON. Calma, sobre todo. (á Alberto, al irse.)

ALB. No tengais cuidado. (á Monte-Cristo que se va.)

ESCENA VI.

ALBERTO y BEAUCHAMP.

BEAU. Con que ibas á buscarme?

ALB. Si.

BEAU. Y qué querias de mi?

ALB. Deseaba de vos una rectificacion.

BEAU. Me choca tu language, Alberto. Qué significa ese vos que me estás dando desde que entré, y esa rectificacion de que me hablas ahora? (como admirado.)

ALB. Deseo que rectifiqueis un hecho que publica vuestro periódico de hoy, por el cual se ataca el honor de mi familia.

BEAU. En mi periódico! Y qué hecho es ese?

ALB. El que os escriben de Janina.

BEAU. De Janina?

ALB. De Janina, si señor. Y á la verdad que parece ignorais ó al menos afectais ignorar las noticias que trae vuestro periódico.

BEAU. Pues qué, crees tú que yo lo leo? Lo confesiono y es muy bastante.

ALB. Tomad, aqui le teneis.

BEAU. Tanto mejor. (lo lee entre dientes.)

ALB. Lo comprendeis?

BEAU. Y este Fernando, es pariente tuyo?

ALB. Si.

BEAU. Pues bien, amigo mio, qué quieres que haga yo? Habla.

ALB. Quisiera, mi querido Beauchamp, que os retractaseis de lo que habeis dicho.

BEAU. Poco á poco. Una retractacion es cosa muy seria. Voy á volver á leer el articulo. (lee para sí.)

ALB. (despues de haber leído Beauchamp.) Ya lo veis, necesito absolutamente una retractacion, y la obtendré.

BEAU. Creo que si continuais usando ese language, me hareis olvidar que somos amigos. Vamos poco á poco, y no nos acaloremos; al menos tan pronto. Tranquilizaos, Alberto, y respondedme si gustais. Quién es ese pariente vuestro que se llama Fernando?

ALB. Es nada menos que mi padre, el general Fernando Mondego, conde de Morcef, que se ha distinguido en cien batallas, y cuya reputacion se trata ahora de mancillar infamemente. Me comprendeis bien, caballero?

BEAU. Tratándose de vuestro padre, comprendo muy bien vuestra indignacion. (en voz baja.)

Pero en dónde veis que el oficial de quien se habla sea vuestro padre?

ALB. En ninguna parte, bien lo sé; pero otros podrán verlo, y por eso quiero absolutamente que se desmienta ese hecho.

BEAU. Ya volvemos á las andadas? Yo creia que habiamos convenido en no servirnos de semejantes espresiones.

ALB. Pero desmentireis ese hecho, no es verdad? (cada vez con mas cólera.)

BEAU. Lo desmentiré... en cuanto esté seguro de que es falso.

ALB. Qué decis?

BEAU. Digo, que la cosa merece aclararse, y que yo la aclararé.

ALB. Y qué es lo que habeis de aclarar, caballero? Si creeis que el oficial de quien se habla no es mi padre, decidmelo francamente; si creeis lo contrario, dadme una satisfaccion inmediatamente.

BEAU. Caballero, ya que me habeis puesto en el caso de hablaros del modo que voy á hacerlo, os diré, que si ibais á mi casa para pedirme una satisfaccion, no debiais haberme hablado de nuestra amistad, ni haber empleado tantas palabras ociosas como tengo la paciencia de escu-

charos hace media hora. Decidme pues, si la cuestion ha de continuar sobre este terreno, ó si hemos de trasladarla á otro para ventilarla completamente.

ALB. Se ha de ventilar en otra parte, si no se retracta inmediatamente tan infame calumnia.

BEAU. Poco á poco, y dejémonos de amenazas, señor vizconde de Morcef. No las sufro de mis enemigos, y por consiguiente de mis amigos mucho menos. En resumidas cuentas, lo que vos quereis ahora es, que yo desmienta el artículo que trae mi periódico respecto al coronel Fernando; artículo que, bajo mi palabra de honor, os aseguro me era enteramente desconocido.

ALB. Eso es lo que quiero.

BEAU. Y si no lo hago, nos batimos?

ALB. Exactamente.

BEAU. En ese caso, consiento en que andemos á estocadas ó á tiros dentro de tres semanas, en cuyo término me hallareis delante de vos para deciros, el hecho es falso, y voy á retractarme en mi periódico de lo que estampé anteriormente; ó bien por el contrario; el hecho es verdadero, vamos al campo cuando gustéis.

ALB. Tres semanas son tres siglos para mi, caballero, supuesto que me creeré deshonrado todo ese tiempo.

BEAU. Si hubieseis sido hoy el mismo que erais ayer, os hubiera dicho, paciencia, amigo mio! Hoy que os habeis hecho mi enemigo, os diré: y á mi, qué me importa que esteis ó no deshonrado?

ALB. Pues bien; sea dentro de tres semanas, aunque yo ignore para qué necesitais tanto tiempo. Pero tened presente, que transcurridas esas tres semanas, no admito mas dilaciones ni subterfugios.

BEAU. Señor de Morcef, ni yo tengo derecho para mataros antes de que pasen tres semanas, ni vos teneis el de reconvenirme hasta que pasen veinte y un dias. Hasta entonces, creedme, dejémonos de insultos, y ved si mandais algo para Janina. *(saluda y vase.)*

ALB. Para Janina! Ojalá sean ciertas mis sospechas!

CUADRO CUARTO.

El teatro representa uno de los salones de descanso del teatro de la Opera: grupos en todas direcciones hablando, que unos salen y otros entran, de modo que haya animacion en la escena durante el cuadro, y jamás falte gente en ella. Puertas á los lados. El foro figura ser el pasillo de los palcos del teatro.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE MORCEF, UN CRIADO y luego DANGLARS

MOR. Decid al señor baron Danglars que me haga el favor de salir al momento. *(á un criado que sale.)*

DAN. Buenas noches, señor Conde. *(saliendo por el foro.)*

MOR. Buenas noches, Baron; acabo de recibir una carta vuestra. *(movimiento de Danglars)* Aguardad... Voy á leerosla antes que hableis. *(leyendo)* «Mi querido Conde, me es imposible en este momento daros la respuesta que me pedisteis ayer; mi hija no tiene mas que 17 años,

y vuestro hijo no ha cumplido aun los 23. No se les pasa el tiempo; por consiguiente, dejémosle correr un poco mas, y las cosas que hoy nos parecen oscuras, quizá mañana serán muy claras. Cuántas veces sucede que en un momento se disipan las mas atroces calumnias!» Yo no entiendo una palabra de todo esto, Baron; pero cuando se calumnia á un hombre como yo, este no tiene otro deseo, que el de hallarse cara á cara con sus calumniadores. *(con exaltacion.)*

DEB. Qué voces son estas, señores? *(entra al concluir Morcef el parlamento anterior.)*

DAN. Esto es, mi querido Debray, que el conde de Morcef no entiende de indirectas, razon por la cual le ruego *(dirigiéndose á Morcef con cierto aire burlon.)* se sirva leer el *Imparcial* de ayer, lo cual no le será difícil, porque es periódico barato, y del que se conoce que se hace una gran tirada; compradle, señor Conde, y creo que despues que le hayais leído, sereis bastante razonable para no volverme á hablar mas del asunto que nos ocupaba hace poco. *(se va por el foro; Debray quiere entrarse con él, pero Morcef le detiene.)*

ESCENA II.

DEBRAY y MORCEF.

MOR. Caballero, perdonad si os detengo un momento; pero las últimas palabras de Danglars me han dejado tan confuso, que no sé lo que pasa por mi! Vos que leéis los periódicos, quereis decirme si se ha publicado en ellos alguna noticia que atente á mi reputacion?

DEB. No sé, á menos que...

MOR. Acabad!..

DEB. A menos que no os hayais llamado alguna vez el coronel Fernando de Mondego.

MOR. Con ese nombre era yo conocido en Grecia cuando estaba al servicio de Ali Bajá.

DEB. Oh entonces!

MOR. ¿Entonces, qué?

DEB. Entonces, no puedo menos de repetiros las palabras del baron Danglars... *Id á leer el Imparcial, señor conde. (se entra en el palco de Danglars.)*

ESCENA III.

MORCEF, solo.

MOR. ¿Qué significa esto, Dios mio!.. ¿Qué quieren decir estos hombres?.. ¿Qué misterio se oculta trás de este lenguaje enigmático? El coronel Fernando!.. Ali Bajá!.. Animo, Morcef!.. Muchacho. *(á el criado.)* ¿Podeis irme á buscar el *Imparcial* de ayer?

ESCENA IV.

MORCEF, ALBERTO.

ALB. ¿Para qué le quereis?

MOR. Ah! ¿eres tu, Alberto?

ALB. Si, soy yo, que he oido vuestras últimas palabras, y he venido corriendo á unirme á vos.

MOR. ¿Pero sabes tú de qué se trata?

ALB. Si, padre mio, de la calumnia mas atroz.

MOR. ¿Contra quién?

ALB. Contra vos; es decir, contra el hombre mas

noble y mas leal. Figuraos que han tenido la infamia de escribir... pero no, yo no debo decirlos mas.

MOR. Al contrario, es preciso que yo lo sepa todo.

ALB. Teneis razon, es preciso que sepais hasta donde puede llegar el odio de los envidiosos. Pues bien, padre mio; han tenido la avilantez de estampar en el *Imparcial* de anoche, que vos, que tan fiel fuisteis á la causa de Ali Bajá, como él mismo lo reconoció en sus últimos momentos, dejándoos todas sus riquezas y entregándoos su anillo, tienen la avilantez, repito, de decir, que fuisteis un traidor que entregasteis los fuertes de Janina al enemigo, asi como la persona de vuestro protector.

MOR. Oh!

ALB. Esto es muy infame!.. Asi es, que yo he tenido una entrevista con Beauchamp...

MOR. Y...

ALB. Obtendré una satisfaccion, tal vez mas pronto de lo que yo creia, pues iba ya á salir para Janina..

MOR. Quién, Beauchamp? Y ha marchado? (*muy azorado.*)

ALB. No, porque acabo de encontrar en casa una tarjeta suya, en que me cita para este punto á las nueve de la noche, (*sacando el reloj.*) ya no faltan mas que dos minutos; ¿vos quereis irós quedáros aqui?

MOR. Me quedo!..

ALB. Y haceis muy bien. Acostumbrado á presentaros al enemigo cara á cara en el campo de batalla, debeis tener el mismo valor para confundir á los que tan vilmente os calumnian. ¿Pero cómo ha llegado todo esto á vuestra noticia?

MOR. Danglars me lo ha dicho indirectamente, anunciándome que toda alianza estaba rota entre nosotros, é indicándome, al ver mi sorpresa, que leyese el *Imparcial*, si queria saber el motivo de un proceder tan extraño.

ALB. No importa nada .. pero aqui viene Beauchamp.

ESCENA V.

Los mismos y BEAUCHAMP.

ALB. Entrad, caballero, entrad!..

BEAUCHAMP. ¿Qué hace aqui vuestro padre, vizconde?

ALB. Se encuentra por una casualidad, y como su conciencia está tranquila, ha querido presenciar nuestra entrevista.

BEAUCHAMP. Este negocio ha empezado á tratarse entre nosotros dos solos, y es fuerza que concluya del mismo modo. Retiraos, señor conde, y creed que mañana me dareis las gracias por el modo con que lo he manejado. Entretanto serenaos; conozco lo justo de vuestro dolor, y haré todo lo posible por calmarle.

MOR. Señor de Beauchamp .. (*insistiendo en quedarse.*)

BEAUCHAMP. Suplicad á vuestro padre que nos deje solos, Alberto.

MOR. Es, que cuando se trata..

BEAUCHAMP. Rogádselo en nombre de nuestra amistad, vizconde.

ALB. (*Me asustan sus palabras y mas el modo de decirías.*) Ya lo habeis oido, padre mio; el se-

ñor de Beauchamp quiere absolutamente hablar conmigo á solas. Retiraos á casa, y estad seguro de que el honor de vuestro nombre será dignamente sostenido en vuestra ausencia.

MOR. ¿Volveré á verte, hijo mio?

ALB. Esta noche tendré el gusto de abrazaros, antes que os acosteis.

ESCENA VI.

BEAUCHAMP y ALBERTO.

ALB. Ahora, caballero, espero que tendreis la bondad de explicarme...

BEAUCHAMP. Os habia prometido hacer mis indagaciones, y las he hecho.

ALB. ¿Y qué habeis averiguado?

BEAUCHAMP. El articulo era simplemente un anónimo enviado á nuestra redaccion.

ALB. Ya veis que siendo asi, todo ello no puede ser mas que una calumnia.

BEAUCHAMP. Yo pensaria como tú, si no hubiese ido unida al anónimo una sumaria informacion.

ALB. ¿Una sumaria informacion?

BEAUCHAMP. Leela, amigo mio (*dándosela.*) Por desgracia su contenido me ahorra el hacer el viaje al Epiro.

ALB. Dadme fuerzas, Diosmio!.. (*despues de haber leído.*) Una informacion de cuatro de los vecinos principales de Janina, en la que se prueba hasta la evidencia que el coronel Fernando Mondago, instructor general de las tropas del Bajá, ha entregado los fuertes de Janina por dos mil bolsas de oro!.. (*á Beauchamp.*) Qué funesta ha sido para mi vuestra actividad!..

BEAUCHAMP. Si he sido tan activo, Alberto, únicamente lo he hecho para poder decirte, Alberto, amigo mio, en estos tiempos de accion y de reaccion, las faltas de nuestros padres no pueden alcanzarnos á nosotros. Nadie en este mundo es dueño de este secreto, sino yo; nadie puede ya obligarme á batirme con un amigo á quien amo como á un hermano; nadie, en fin, se halla en el caso de probarle su amistad como yo, que único poseedor de estas pruebas, las pongo en sus manos, diciéndole al mismo tiempo, Alberto!.. amigo mio!.. haz de ellas el uso que mejor te convenga!.. Tómalas!.. (*se las entrega.*)

ALB. Oh noble y generoso corazon!.. (*abrazándole.*)

BEAUCHAMP. Vuélveme esos papeles; (*quemándolos á la luz.*) desaparezcan para no volver mas, como sucede con el humo que producen al quemarse, y figurémonos que todo lo que ha pasado no ha sido mas que una horrible pesadilla.

ALB. Si, desaparezca todo menos nuestra eterna amistad. Ay amigo mio! Te debo el honor y la vida, porque te confieso que si este secreto se hubiese divulgado, me levantaba la tapa de los sesos. Ahora no lo haré, pero cuan lastimado queda mi pobre corazon!.. Cuan triste cosa es, tener que despreciar en su interior al autor de sus dias, á la persona á quien se creia pura y sin la menor tacha que empañase su nombre!.. Al que se profesaba una veneracion tan respetuosa!..

BEAUCHAMP. Tranquilizate, Alberto, y no llesves las cosas á ese terreno, ya que hemos tenido la felicidad de que esto quede entre nosotros.

ALB. A pesar de todo, y por mas que conozca la accion villana de mi padre, veo que es tan desgraciado como criminal, y que existe algun enemigo suyo invisible, que es el que ha confiado la verguenza de mi familia, á la boca de bronce de vuestro periódico.

BEAU. Oh! en cuanto á ese, te lo entrego á discrecion, para que hagas de él lo que quieras, si llegas á encontrarlo. Ahora lo que importa es, que te serenes, y que reserves tus fuerzas, por si no ha pasado aun del todo la tempestad.

ALB. Pero crees tú que no haya terminado esto del todo?

BEAU. Despues de lo que ha pasado, no sé yo mismo lo que creo... A propósito, y cómo está tu casamiento con la señorita de Danglars?

ALB. Roto del todo. Pero ahora me haces pensar en una cosa... El baron de Danglars estaba aqui hace poco con Debray... Ah!.. ahora salen juntos del palco... retirémonos....

ESCENA VII.

Los mismos, DANGLARS y DEBRAY.

DAN. Ves á buscarme la *Estrella* de esta tarde. En el pasaje de al lado, hallarás un gabinete de lectura donde te la darán. *(al criado que sale.)*

ALB. ¿Ha dado orden de que le traigan un periódico? *(á Beauchamp.)*

BEAU. Creo que sí.

DAN. Vamos á tomar un sorbete. *(á Debray.)*

DEB. Como gustéis. *(van á salir por la izquierda.)*

DAN. Vos aqui, vizconde? *(dirigiéndose á Alberto.)*

ALB. Si señor, yo aqui, que acabo de separarme de mi padre, quien me ha dicho una cosa que me ha chocado mucho.

DAN. ¿Y qué os ha dicho, querido?

ALB. Que sin darle ninguna razon, sin un motivo plausible...

DAN. Vaya... ya está armada la danza!..

ALB. Sea, supuesto que lo habeis adivinado; pero no por el motivo que vos creéis. Sabed, caballero, que yo sentia una grandisima repugnancia á entrar en vuestra familia, y que solo por complacer á mi padre habia consentido en casarme con vuestra hija.

DAN. Y esa repugnancia, era despues de saber el dote que llevaba mi hija, ó antes de saberlo?

ALB. Caballero, soy bastante rico por mi, para no necesitar de ese dote, y sobre todo, mi padre empezó su carrera de soldado raso y...

DAN. Ya, pero no á todos se les presenta la ocasion que á vuestro padre!..

ALB. ¿Qué quereis decir, caballero?

DAN. Quiero decir, que no ha habido, y probablemente no volverá á haber en el mundo, otro Ali Tibelin

ALB. Ya lo oyes, Beauchamp; él mismo se ha vendido, él mismo se denuncia!..

DAN. Yo!.. ¿Y de qué?

ALB. Espero que me dareis una satisfaccion del ultraje que nos habeis hecho á mi padre y á mi.

DAN. ¿Y porqué he de dar yo una satisfaccion de no haber querido entregar mi hija, al hijo del coronel Fernando Mondego?

ALB. Caballero, aqui no se trata ya de ese aborrecible enlace, se trata...

DAN. Del articulo inserto en el *Imparcial* de anoche, ¿no es eso?

ALB. Precfsamente.

DAN. ¿Y venis á reconvenirme á mi!.. Yo creo que estais loco. ¿Qué sé yo de Ali Tibelin, ni de la Grecia, ni cuando he viajado yo por aquellos paises? Y ademas, ¿qué culpa tengo yo de que vuestro padre haya vendido los fuertes que se le habian confiado? *(entra el criado con un periódico, que entrega á Debray)*

DAN. ¿Trae algo ese papel de lo que estamos hablando?

DEB. Sí, y en la primera hoja. *(sigue leyendo.)*

ALB. Caballero, acabemos de una vez; me habeis insultado, y os he pedido una satisfaccion; ¿me la dais ó no?

DEB. Vizconde!..

ALB. Es el señor vuestro procurador? En ese caso, me entenderé con él. Respondedme pronto, porque sino no tendré mas consideraciones y... *(con aire amenazador.)*

BEAU. Alberto!.. Alberto!..

DAN. Caballero, os advierto que cuando me encuentro con un perro rabioso, le mato. Asi pues, si vos lo estais y tratáis de mordirme, os aplastaré.. ¿Es culpa mia que vuestro padre se haya deshonrado?

DEB. Baron!..

ALB. Cómo deshonrado?

DAN. Asi lo dicen los diarios, estampando su nombre con todas sus letras.

ALB. Mientes, miserable; los periódicos no nombran á nadie

DAN. Los de la tarde no, pero los de la mañana, si... Leedlo si quereis. *(poniéndole el periódico delante de la cara.)*

ALB. *(Dios mio!.. Beauchamp tenia razon cuando decia que no habiamos concluido aun.)* *(leyendo.)* «El oficial francés de que hablaba el *Imparcial* de anoche, no tan solo entregó los fuertes de Janina al enemigo, sino que vendió tambien á su protector Ali Tibelin. Este oficial llamado entonces Fernando Monlego, es el mismo que hoy conocemos por el general conde de Morcef, Par de Francia.»

DAN. ¿Está eso bien claro? *(á Alberto)*

ALB. Tan claro, como que vos sois el infame que ha urdido toda esta trama.

DAN. Y aun cuando yo hubiese andado en todo esto, ¿qué tiene de particular que un padre que va á dar su hija á un jóven, trate de informarse de los antecedentes de la familia del que vá á ser su yerno? Este es un deber, señor mio!..

ALB. Continudad, caballero; ¿de ese modo sereis vos el que ha escrito á Janina?

DAN. Y bien, ¿qué?..

ALB. Respondedme terminantemente.

DAN. Pues bien, yo he sido, y os diré mas; lo he hecho porque asi me han aconsejado que lo hiciese. Se hablaba de los antecedentes de vuestro padre, y habiendo yo dicho que nunca se habia podido descubrir de donde le habian venido las riquezas que posee, la persona á quien yo dirigia la palabra, me dijo, ¿sabeis en donde ha servido? En Grecia, le respondi. ¿Y en qué punto de Grecia? Volvió á decir. En Jani-

na contesté yo. Pues entonces, me dijo, escribid á Janina, y os dirán lo que queráis saber.

ALB. ¿Y conozco yo á esa persona?

DAN. Yo lo creo; como que es vuestro mejor amigo.

ALB. Nombradle.

DAN. ¿Lo exijis?

ALB. Lo exijo.

DAN. Pues bien, esa persona no es otro, que el conde de Monte-Cristo.

ALB. Mucho lo dudo.

DAN. Pues podeis salir pronto de la duda, porque cabalmente se halla en su palco, que como sabéis, es el inmediato al mio.

ALB. Está bien. Por mi parte ya estais libre.

DAN. Yo no necesito vuestra libertad, jóven.

Ahora, supuesto que tan deseoso estais de armar quimera, ahí teneis (señalando al palco.) á vuestro hombre; arreglaos con él como podais.

(vase.)

ESCENA VIII.

Los mismos, menos DANGLARS.

ALB. Cuando pienso que no me separa del infame sino una corta distancia!..

DEB. y BEAU. Alberto!..

ALB. Dejadme!.. (se acerca á un lado de la puerta del foro.)

ESCENA IX.

Los mismos, MONTE-CRISTO y CHATEAUBRUN, que entran en escena, al tiempo que va á salir Alberto.

MON. Ola, vizconde, venis á honrar mi palco?

ALB. Dejémonos de cumplidos hipócritas, y de falsas amistades; á lo que yo vengo es á exijiros una satisfaccion.

MON. Por poco instruido que esté de vuestras costumbres parisienses, creo que no es este el lugar á propósito para exigir una satisfaccion.

ALB. Caballero, cuando las gentes pueden desaparecer de un momento á otro, cuando no se sabe ni de donde vienen ni á donde van, es preciso aprovechar la ocasion cuando se presenta, y cogerlas donde se las halla.

MON. Caballero, me parece que no debe ser muy difícil encontrarme á mi, y nadie lo sabe mejor que vos, que sin ir mas lejos, me habeis ballado en mi casa, esta misma mañana.

ALB. Esta mañana he ido á veros, porque ignoraba aun quién erais.

MON. Pues soy persona bastante conocida; me parece, Alberto, que hoy no estais en vuestro juicio cabal.

ALB. Con tal que tenga el suficiente para comprender vuestras perfidias, y con tal que logre vengarme de ellas, no necesito mas.

MON. No os comprendo, caballero; pero lo que os advierto es, que levantais demasiado la voz.

ALB. Soy dueño de hacer lo que se me antoje!

MON. Veo que tratáis de armar una quimera á todo trance; sin embargo, quiero daros un consejo, que puede seros muy útil. A nadie le conviene alborotar cuando trata de provocar á otro, pero hay ciertas personas, vizconde, que lejos de alborotar, deberian hacer que se olvidase hasta que existen.

ALB. Oh! eso es ya demasiado! (hace ademán de

arrojar su guante al rostro de Monte-Cristo, pero Beauchamp le detiene, y el guante cae á los pies de aquel.)

MON. Basta, caballero; tengo vuestro guante por arrojado, y mañana por la mañana os le devolveré envuelto en una bala.

ALB. No exijo otra cosa. Beauchamp, tú quedas encargado de todo lo demas. (sale como un loco.)

CHA. Qué le habeis hecho? (á Monte-Cristo.)

MON. Yo! Nada, al menos á él personalmente.

BEAU. Señor Conde!..

MON. Está visto que no podré asistir al tercer acto. Qué teneis que mandar, señor de Beauchamp?

BEAU. Como habeis visto, yo acompañaba al vizconde de Morcef...

MON. Lo que me prueba que habeis comido juntos; si es así, os felicito por haber sido mas sobrio que él.

BEAU. Conozco que Alberto se ha acalorado, y que ha ido mas allá de lo que debia; pero esto os lo digo en mi nombre, y de ningun modo en el suyo. Lo entendeis? Ahora conozco tambien que sois demasiado caballero para dejar de darne ciertas esplicaciones sobre ese asunto de Janina, causa de todo lo que está pasando.

BEAU. No lo haré, caballero, por estraña que os parezca mi conducta. Decid únicamente al vizconde, que él y yo, estamos impacientes por sacarnos el uno al otro la sangre de las venas, y que mañana antes de las diez habré yo visto de qué color es la suya.

BEAU. En ese caso no nos resta mas que arreglar las condiciones del desafio.

MON. Me son enteramente indiferentes, y es inútil que perdamos mas tiempo hablando de cosa tan insignificante. En Francia los desafios son generalmente con espada ó pistola; en las colonias á escopetazos; entre los árabes á puñaladas, y en la América del Sud á navajazos. Decid, pues, á vuestro cliente, que para ser yo escéntrico en todo, le dejo elegir, y acepto desde luego el arma que quiera escoger, en la inteligencia de que de todos modos estoy seguro de salir vencedor.

BEAU. Estais seguro de eso?

MON. A no estarlo, no me batiria con el vizconde de Morcef, pero ya que ese joven se ha empeñado en que le maten, yo le mataré, con lo cual quedará satisfecho. Enviadme á decir cuáles son las armas que elige.

BEAU. A pistola, á las ocho de la mañana en el bosque de Vincennes.

MON. Está bien, caballero; ahora que todo lo hemos arreglado, permitidme volver á oír el final de la ópera, y decid á vuestro amigo Alberto, que no vuelva por aquí esta noche, con necesidades de tan mal género como las pasadas; que se acueste, y que trate de dormir bien. Adios. (se entra en su palco.)

CUADRO QUINTO.

Salon en casa de Monte-Cristo. Una papelera con recado de escribir, velador y otros muebles.

ESCENA PRIMERA.

MONTE-CRISTO, ALI, BERTUCCIO y BAUTISTA.

MON. Ali, traeme las pistolas de la caja de ébano; vos, Bautista, arreglad mis floretes y poned unas de oros en la plancha de metal de mi tiro de pistola del jardin. En seguida vestios, porque teneis que salir conmigo. (á Ali que trae la caja de las pistolas.) Gracias; están cargadas? (signo afirmativo de Ali.)

BER. Señor Conde? (entrando.)

MON. Qué hay?

BER. Una señora cubierta con un velo, y que no ha querido decir su nombre; desea hablar con V. E.

MON. Que pase adelante.

ESCENA II.

El CONDE y MERCEDES.

MON. Señora, ¿quién sois, y qué exigis de mi?

MER. Edmundo, vos no podeis matar á mi hijo. (levantándose el velo.)

MON. Qué nombre habeis ido á pronunciar, condesa de Morcef?

MER. El vuestro, el que todos han olvidado menos yo, Edmundo! La que teneis delante, no es la condesa de Morcef... Es Mercedes!

MON. Mercedes murió, señora, y yo no conozco á nadie que se llame así.

MER. Mercedes vive, Edmundo; vive, y es la única persona que os ha reconocido sin mas que oír vuestra voz. Desde el momento en que ha vuelto á veros, sigue todos vuestros pasos, os teme, y no necesita preguntar á nadie de dónde ha partido el golpe que ha herido tan en lo vivo al conde de Morcef.

MON. A Fernando, querreis decir, señora! Ya que recordamos nuestros antiguos nombres, recordémoslos todos!

MER. Bien veis que yo no me habia equivocado, y que he tenido razon cuando os he dicho, Edmundo, perdonad á mi hijo!

MON. Y quién os ha dicho que yo le quiero mal?

MER. Necesita una madre que la digan esas cosas? Ademas, desde que vos estais en Paris, yo sigo á mi hijo á todas partes, y ayer mismo he visto escondida lo que pasó en el teatro de la Opera.

MON. En ese caso, señora, habreis visto que el hijo de Fernando me insultó en público!

MER. Tened compasion de mi!

MON. Habreis visto, que me hubiera tirado un guante á la cara, si Beauchamp no le hubiera contenido!

MER. Mi hijo lo ha adivinado todo, y os atribuye la desgracia de su padre.

MON. No equivoquemos los términos, señora. Lo que pesa sobre Morcef no es una desgracia, es un castigo de la Providencia.

MER. Y por qué os constituís vos en Providencia? Por qué os acordais, cuando ella olvida? Qué os importa que Fernando Mondego haya vendido á Ali Tibelin? Qué daño os ha hecho á vos con aquella traición?

MON. Ninguno, por eso dejo que ese asunto se ventile entre el oficial francés y la hija de Ali que todavia vive, segun creo. Lo que yo he

jurado, es vengarme de Fernando, marido de Mercedes la catalana.

MER. Terrible es la venganza que queréis tomar, por una falta que la casualidad me hizo cometer! Si, Edmundo, si á todo trance queréis vengaros, hacedlo en mi, que soy la única culpable, por no haberme conservado fiel en vuestra ausencia.

MON. Y quién tuvo la culpa de esa ausencia? Quién fué causa de que yo estuviese preso?

MER. Lo ignoro.

MON. Siempre lo he creido así, señora. Pues bien, sabed que si me prendieron arrancándome de vuestro lado el mismo dia que ibamos á casarnos, fué por una denuncia escrita por un tal Danglars, que el pescador Fernando se encargó de echar en el correo, sabiendo su contenido. (va á su cómoda y saca una carta.)

MER. Una denuncia!

MON. Leedla, señora; me ha costado cien mil francos el obtenerla, pero hallo que es muy barata, supuesto que me proporciona el medio de justificarme con vos.

MER. (leyendo.) «Un amigo de la religion y del trono pone en conocimiento del señor procurador del rey, que el llamado Edmundo Dantés, segundo del buque titulado el Faraon, que ha llegado esta mañana de Smirna, despues de haber tocado en Nápoles y en Porto-Terragio, ha llevado una carta de Murat para el usurpador, y traído otra de este para el comité bonapartista de Paris. La prueba del delito se obtendrá poniendo preso inmediatamente al dicho Dantés, que lleva en su cartera la carta para Paris. (cayendo sobre una silla.) Dios mio! Dios mio!

MON. Lo habeis leído bien?

MER. Si. Y cuál fué el resultado de esta denuncia?

MON. Ya lo sabeis, señora; mi prision. Lo que no sabeis todavia, es el tiempo que estube preso, que fueron catorce años. Lo que ignorais tambien es, que cada dia de estos catorce años he renovado el voto de venganza que hice el dia que me prendieron, y eso que yo ignoraba entonces, que mi padre hubiese muerto de hambre, y que Fernando mi denunciador se hubiese casado con vos!

MER. Dios mio! Dios mio!

MON. Esto no lo supe hasta que sali de mi prision; desde aquel dia, por Mercedes viva y por mi padre muerto, juré vengarme... y me vengo.

MER. Y estais cierto de la culpabilidad de Fernando en este asunto?

MON. Como estoy cierto de que existo, señora. Ademas, que este crimen no es mas feo que otros de los cometidos por Fernando. Francés por adopcion, se pasó á los ingleses; español de nacimiento, se ha batido contra los españoles, protegido de Ali, le ha vendido y asesinado. En vista de estos hechos, ¿qué es la carta que acabais de leer? Una mistificacion galante, digna de perdon en la muger que se ha casado con aquel hombre, pero que no perdonará jamás el amante que iba á casarse con aquella muger. Pues bien, ya que ni los españoles se han vengado del traidor, ni los franceses le han fusilado, ni Ali puede venir á ahogarlo des-

de su tumba, yo, vendido y asesinado por él, como todos estos, yo, escapado de lo fondo del mar por un milagro del Altísimo, he recibido de él la misión de vengar tantos delitos, y heme aquí dispuesto á cumplirla!

MER. Si, teneis razon, y estais en vuestro derecho. Si, Dios os ha dado la misión de castigar, pero perdonad... perdonad por mi, Edmundo, que os lo suplico de rodillas!

MON. Que yo perdone!... Que no estermine esa raza maldita?... Que desobedezca á Dios, que me ha enviado para castigarla? Imposible, señora, imposible!

MER. Llamándoos yo Edmundo cuando os hablo, por qué no me llamis á mi Mercedes?

MON. Mercedes! Ah! si, teneis razon, Mercedes! Si, este nombre es todavia muy dulce para mi, y sin embargo, hace muchos años que mis labios no lo han pronunciado tan claro como ahora. Mercedes! nombre tierno que tantas veces ha salido de mi boca, en los catorce años de mi encierro! Nombre encantador y que ejerce un poder magnético sobre todo mi ser! Sin embargo, Mercedes, la hora de la venganza ha sonado, y me vengaré!

MER. Vengaos norabuena, Edmundo, pero vengaos de los culpables. Vengaos de Fernando, vengaos de mi si quereis, pero no os vengueis de mi hijo!

MON. Escrito está, Mercedes! Las faltas de los padres caeran sobre sus hijos, hasta la cuarta generacion! Puesto que el señor ha dictado estas mismas palabras á su profeta, por qué he de ser yo mejor que Dios?

MER. Porque Dios tiene dos cosas á su disposicion que vos no podeis tener. El tiempo, y la eternidad!

MON. Oh!
MER. Edmundo, oidme con atencion. Desde el instante en que os conoci, os adoré; desde que os perdi, adoré vuestra memoria. Edmundo!... amigo mio, no hagais que se empañe á mi vista esa imágen pura y noble reflectada continuamente en el espejo de mi corazon. Edmundo, vos no sabeis los votos que yo he hecho por vos, mientras os he creído vivo; las oraciones que he dirigido á Dios, cuando os he creído muerto!... Y qué podía yo hacer, Edmundo, sino rezar y llorar? Habíase esparcido la voz de que habiais querido fugaros sustituyendo á un preso que habia muerto en el castillo de If, y que envuelto en la mortaja de aquel os habian arrojado al mar los enterradores, cuando un grito doloroso que disteis al caer en el agua, les descubrió el engaño en que estaban, y que el que habian arrojado no estaba muerto. Desde entonces, Edmundo, os lo juro por la cabeza de ese mismo hijo en cuyo favor imploro ahora vuestra clemencia... desde entonces, he tenido una misma pesadilla todas las noches por espacio de mas de diez años... no me he dormido una sola, en todo este tiempo, sin haber visto antes dos hombres, que colocados en lo alto de una roca, balanceaban una masa blanquecina é informe... sin haber oido un grito desgarrador que me ha hecho saltar del lecho azorada y medio muerta! Oh! creedme, Edmundo, por criminal que parezca á vuestros ojos, yo tambien he sufrido mucho.

MON. Si, pero vos no habeis sufrido el martirio de saber que vuestro padre habia muerto de necesidad! Vos no habeis visto al hombre á quien adorabais, dar la mano á un rival aborrecido durante vuestra ausencia. (*con exaltacion.*)

MER. No, pero he visto al que yo amaba, dispuesto á ser el asesino de mi hijo! (*con melancolia y dignidad.*)

MON. Basta, Mercedes, basta; ya no puedo mas... Quereis que vuestro hijo viva? Pues bien, vivirá. El leon está domado, y el vencedor ha quedado vencido.

MER. Gracias, Edmundo! (*cogiéndole la mano y besándola.*) Ahora si que te encuentro tal como te habia soñado; tal como te he amado siempre; si, siempre, pues ahora ya no hallo inconveniente en confesarlo.

MON. Tanto mas, cuanto que el pobre Edmundo dejará de existir muy pronto. El muerto va á volverse á su sepulcro; el fantasma va á ocultarse otra vez en las sombras de la noche.

MER. Qué estais diciendo?
MER. Digo, que es preciso morir, ya que vos lo mandais.

MER. Yo? Mandar yo que murais? Edmundo! Edmundo! Desechad esas lúgubres ideas.

MON. Insultado en público por vuestro hijo, por un niño que se gloriará de mi perdón como de una victoria, bien podeis suponer que no desearé sino morir.

MER. Yo os respondo que nada de eso sucederá, supuesto que le habeis perdonado.

MON. Sucederá, Mercedes; sin mas diferencia que en lugar de ser la de vuestro hijo, será mi sangre la que se derrame!

MER. Edmundo, hay un Dios en quien yo confio, que es el mismo que ha permitido que vos vivais, y que yo vuelva á veros. Contando con su auxilio, descanso en la palabra que me habeis dado de que mi hijo vivirá. No es esto lo que me habeis prometido?

MON. Vivirá, señora; yo no me retracto jamás de lo que una vez he dicho.

MER. Una sola palabra me resta que deciros, Edmundo; aunque mi frente ha palidecido, aunque se ha estinguido el brillo de mis ojos, y aunque mi antigua belleza ha desaparecido, vos vereis, amigo mio, que mi corazon es siempre el mismo. Adios, Edmundo, nada tengo ya que pedir al cielo; he vuelto á veros, y os he hallado tan grande como habeis sido siempre. Adios, Edmundo, adios, amigo mio. (*vase.*)

ESCENA III.

MONTE-CRISTO, solo, viendo alejarse á Mercedes.

He aqui derribado de un soplo el edificio levantado por mi con tanto trabajo! Y todo por qué? Porque mi corazon, que creia muerto, ha latido con violencia al solo eco de la voz de esa muger adorable. Esto ha bastado para que yo perdone á su hijo, y vaya á colocarme como un blanco frente á la bala del cañon de sus pistolas! Qué desatino! Nadie querrá creer que mi muerte es un verdadero suicidio! Importa, sin embargo, que todo el mundo lo sepa, por honor á mi memoria; importa probar

que he detenido espontáneamente mi brazo, en el momento en que iba á descargar el golpe, y que con este brazo tan temido de todo el mundo, me he herido yo mismo. (*saca un papel de su escritorio.*) Vamos á añadir un codicilo á mi testamento, toda vez que está ya tan próxima la hora de mi muerte. (*escribiendo.*) Dejo veinte millones á Maximiliano Morrel, capitán de Spahis, hijo de mi antiguo patron Pedro Morrel, armador en Marsella. Esta cantidad se halla escondida en mi gruta de Monte-Cristo, en el parage que sabe Bertuccio, quien la entregará en cuanto se le pida. Si el corazón del joven Morrel es libre y quiere cumplir, no mi última voluntad, si no el último deseo de un amigo, espero que se case con Haidée, hija del bajá de Janina, á la que he educado con amor de padre, correspondiendome ella como pudiera hacerlo la hija mas tierna y respetuosa. Por el anterior testamento ya ha quedado Haidée heredera absoluta de todos mis bienes. (*dejando de escribir.*) Cuán otros eran mis pensamientos con respecto á esta joven! Mas Dios lo ha dispuesto asi, y es preciso morir!

ESCENA IV.

Dicho, y BERTUCCIO, por la derecha.

BER. Monseñor, perdonadme si os interrumpo; ahí están el señor vizconde de Morcef, y otros tres caballeros que le acompañan. No obstante vuestro mandato, he creído oportuno advertiros, y aguardo vuestras órdenes.

MON. El vizconde de Morcef! No os ha dicho lo que solicita?

BER. Nada mas que desea veros.

MON. Hazle pasar al momento. (*vase Bertuccio.*) Si será algun nuevo insulto? Mucho me costaría contener mi cólera y cumplir la palabra que he dado á Mercedes.

ESCENA V.

Dicho, ALBERTO, CHATEAUBRUN, DEBRAY y FRANZ.

ALB. Caballero, os doy mil gracias por haber accedido á mis deseos, permitiendonos esta entrevista. Aun cuando no es esta la hora, ni el lugar de nuestra cita, creo me dispensareis el que venga acompañado de las personas que mas tarde han de intervenir en nuestros asuntos.

MON. Con efecto, os confieso que me admira...

ALB. El nuevo modo de llevar á cabo un lance empeñado, y que debia terminarse en otro sitio? Sabiendo por Beauchamp el nombre de vuestros testigos, les cité á mi casa, y les rogué tuviesen la bondad de acompañarme, dándoles ahora las gracias por la eficacia con que han acudido á mi invitacion. Acercaos, caballeros; cuantos mas hombres de honor se hallen presentes aqui, tanto mayor será mi satisfaccion.

CHA. Señor vizconde, podeis decir al Conde cuanto querais, que estamos á sus órdenes.

ALB. Aguardad un momento, caballeros; antes tengo que hablar con el señor conde de Monte-Cristo.

CHA. A solas?

ALB. No, delante de todos. Acercaos, caballeros;

(*todos les rodean.*) deseo no perdais ni una palabra de las que voy á decir al conde de Monte-Cristo, porque cuanto voy á tener el honor de decirle, sea repetido por vosotros, á quien quiera oirlo, por mas incomprendible que esto os parezca.

MON. Ya os escucho, caballero.

ALB. Señor Conde, ayer os reconvine en público por haber divulgado la conducta observada por el conde de Morcef en el Epiro, porque no creí que por culpable que fuese, tuvieseis vos el derecho de castigarle. Hoy estoy convencido de que lo teneis, y no vengo á daros satisfaccion de la conducta de Fernando Mondego con el bajá de Janina, sino de la traicion que el pescador Fernando cometió contra vos. En consecuencia, hoy vengo á proclamar en voz alta y en presencia de todos estos caballeros, que habeis tenido razon en querer vengaros de mi padre, y yo... el hijo de Mercedes, os doy gracias de que vuestra venganza no se haya estendido mas que á él.

MON. (*ap. y con alegría.*) Ah! Mercedes, ya reconozco tu obra!

ALB. Ahora, señor Conde, si mis excusas os parecen aceptables, os ruego que me deis la mano. Despues del mérito tan raro de la infalibilidad, mérito que segun veo os ha tocado en suerte, no conozco otro mayor que el de confesar el hombre sus yerros; pero esta parte no os concierne á vos, sino á mi. Solo un angel podia salvar hoy de la muerte á uno de nosotros dos, y el angel ha bajado del cielo, sino para hacernos amigos, puesto que la fatalidad de nuestros destinos no lo permite, al menos para que seamos dos hombres que nos estimemos mutuamente de hoy en adelante.

MON. He aqui mi mano, caballero; pero para vos solo; lo entendeis? (*en voz baja.*) Y para vuestra madre. (*se dan las manos.*)

ALB. Gracias, conde. Caballeros, ya habeis visto que el señor de Monte-Cristo se ha servido aceptar mis excusas; ayer me dejé dominar por la ira, y esta es siempre mala consejera. Ayer obré mal, hoy he reparado aquella falta, y no creo que las gentes me tengan por cobarde, en vista de lo que acabo de hacer, aconsejado por mi conciencia, que no me hubiera permitido obrar de otro modo. Sin embargo, si hubiese quien tratase de achacar á falta de valor esta accion, yo le probaré como quiera, que está equivocado en el concepto que haya formado de mi. (*saluda y vase.*)

FRANZ. (*ap. á Beauchamp.*) Qué habrá pasado esta noche? De todos modos nosotros estamos haciendo aqui un papel muy triste.

BEAU. (*á Franz.*) Lo que acaba de hacer Alberto, es muy grande ó muy bajo. (*saludando.*) Señor conde... (*vanse todos.*)

MON. Siempre la Providencia!.. Desde hoy estoy convencido de que soy un enviado de Dios!

CUADRO SESTO.

La misma decoracion del primer cuadro: una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, escribiendo en una mesa.

ALB. Ya he concluido el inventario de todo cuanto poseo, ó por mejor decir, de todo lo que poseia; venga el último golpe, estoy ya dispuesto á todo!

CRIA. (anunciando.) El señor de Beauchamp.

ALB. Que pase adelante.

ESCENA II.

ALBERTO, BEAUCHAMP.

ALB. Y bien, amigo mio, en qué ha quedado el asunto de mi padre?

BEAU. Todo está terminado. Su nombre ha sido borrado de la lista de los Pares.

ALB. Ya lo temia yo! Y quién ha sido su acusador?

BEAU. La hija del Bajá de Janina; con un valor extraño para tan corta edad, se presentó ante el tribunal de los Pares, y les enseñó el acta de su nacimiento, firmada y sellada por el Primado del Epiro y Macedonia. En seguida les mostró la escritura de venta de ella y de su madre, verificada por un francés, que en su infame tráfico con la sublime Puerta, se habia reservado, como parte del botin que le correspondia, la hija y la muger de su bienhechor, las cuales vendió al Armenio El-Kebbir por mil bolsas de oro.

ALB. Y mi padre, qué respuesta dió á tales hechos?

BEAU. Que todo era falso, obra de sus implacables enemigos, los cuales habian jurado á todo trance perderle. Entonces Haidée contó á los jueces, como vendiendo Mondego la confianza del Bajá, habia entregado los fuertes al Sultan, quien valiéndose de un doble firman le hizo decapitar en las torres de Janina. Confuso y abatido vuestro padre, cayó sobre una silla, y cubriéndose el rostro con sus manos, confesó ser el autor de los crímenes de que se le acusaba.

ALB. Ya no me queda esperanza! Ahora es preciso que me hagas el último servicio.

BEAU. Di; estoy pronto á hacer todo cuanto ordenes.

ALB. Beauchamp, yo abandono Paris, la Francia... la Europa en fin. Aquí tienes un inventario de todo cuanto poseo; á él van unidos los poderes mas amplos á tu favor; en cuanto yo haya marchado, vendes todo lo que consta en el inventario.

BEAU. Está bien; todo lo venderé y el dinero que saque te lo enviaré á donde me indiques.

ALB. No, amigo mio, ese dinero tiene ya su destino; en cuanto le recibas, lo repartirás entre los presos de las cárceles.

BEAU. Qué dices?

ALB. No me hagas observaciones, querido. Esta es una espiciacion; tambien darás igual destino á este oro y á estos billetes. (mostrándole una caja.)

BEAU. Y vas á despojarte enteramente?

ALB. No, me reservo quinientos francos que tú vas á tener la bondad de prestarme.

BEAU. Oh! con el mayor gusto. (dándole un billete de su cartera.)

ALB. Ahora debo advertirte una cosa; yo sé que te devolveré este dinero, pero no sé cómo, ni cuándo.

BEAU. No pienses en eso.

ALB. Beauchamp, en cualquiera parte á donde la suerte me conduzca, sabes que tienes un amigo reconocido, que dará toda su sangre por ti en caso necesario.

BEAU. Amigo mio, conozco que bajo este proceder tan generoso, se oculta alguna cosa sublime que yo no acierto á comprender.

ALB. Tú me haces mejor de lo que soy. (á German.) Qué quieres?

GER. Vuestro padre acaba de llegar de la Cámara, y me envia á llamar.

ALB. Y qué?

GER. No he querido subir á su cuarto hasta recibir órdenes vuestras. Tal vez sabrá que esta mañana os he acompañado en casa del conde de Monte-Cristo, y quiero saber qué he de responder, si me hace alguna pregunta sobre el particular.

ALB. Cuéntale la verdad.

GER. Entonces tendré que decirle que el desafio no se ha llevado á efecto.

ALB. Dile que he dado la mas completa satisfaccion al conde de Monte-Cristo, y que este caballero se ha servido admitirla. Vete. (vase el criado.) Ahora que ya ha llegado la hora de marchar, abrázame por última vez. (á Beauchamp.)

BEAU. Con toda mi alma. (se abrazan.)

ALB. Si despues que yo haya marchado, hubiese alguno que atacase mi reputacion...

BEAU. En ese caso, yo tengo á mi disposicion los dos mejores medios de defensa que conozco en el mundo; la pluma y la espada.

ALB. No, no me defiendas; el porvenir es mio, y este borraré lo pasado. Adios, Beauchamp, adios.

BEAU. Adios, amigo mio. (vase.)

ESCENA III.

ALBERTO y luego MERCEDES.

ALB. Ya tenemos una separacion!.. Por fortuna no es esta la mas dolorosa! (va á salir y se halla con Mercedes que entra vestida de catalana.) Iba á vuestro cuarto á buscaros.

MER. Y yo he venido al tuyo, como ves.

ALB. Madre mia, que significa ese trage?

MER. Es el único que tengo derecho á llevarme de esta casa; el único que no ha sido pagado con el dinero de la traicion.

ALB. Y qué vais á hacer de todos vuestros magnificos trages, de vuestros diamantes, de todas las demas alhajas de vuestra pertenencia?

MER. Todo está ya inventariado por mi, y dada la orden para venderlo.

ALB. Para venderlo?

MER. (con esfuerzo.) Si, á beneficio de los presos de las cárceles.

ALB. Ah! señora! Veo que soy mejor de lo que creia, puesto que he tenido la misma idea que vos.

MER. Es que yo me marchó, Alberto.

ALB. Y yo tambien.

MER. Siempre he contado con que mi querido hi-

jo me acompañaría; ¿me habré engañado, Alberto?

ALB. Señora, yo no puedo permitir que vos sigais mi suerte; es preciso que de hoy en adelante viva sin nombre y sin fortuna. Para hacer el aprendizaje de esa dura existencia á que no estoy habituado, he empezado por pedir prestado á un amigo el pedazo de pan negro que he de comer en lo sucesivo.

MER. Pobre hijo mio! No digas que vas á sufrir el hambre y la miseria, porque esta idea es capaz de trastornar todos mis planes!

ALB. No intentéis apartarme de mi propósito; mi resolución no comprendía mas que á mi, que al partir contaba con dejaros aquí, sino dichosa, al menos sin que carecieseis de nada. Y sin embargo, yo habia previsto toda la grandeza de vuestra alma... Toda la nobleza de vuestro corazón. Permittedme que ponga un sobre á esta carta, y tened la bondad de llamar. (*llama y entra un criado.*) German, lleva esta carta y aguarda la respuesta.

GER. Está bien. El mayordomo del señor conde de Monte-Cristo está ahí, y dice que quiere entregaros una carta en propias manos.

ALB. Dile que entre.

MER. Qué significará esa carta?

ESCENA IV.

Los mismos, y BERTUCCIO.

BER. El señor Conde me manda que os entregue en persona esta carta.

ALB. Habeis de llevar contestacion?

BER. No, excelentísimo señor.

ALB. Gracias, amigo mio. German, di al portero que no estamos en casa para nadie absolutamente. Sabes dónde se halla el señor de Morcef?

GER. Ha mandado á su cochero que no desenganche, y se ha encerrado en su cuarto, segun creo.

ALB. Está bien, vete. (*vanse Bertuccio y el criado.*)

ESCENA V.

MERCEDES y ALBERTO.

ALB. Ya estamos solos; leamos. (*Mercedes se acerca á escuchar.*) Alberto, al mostraros que he penetrado el proyecto que teneis entre manos, os muestro que comprendo muy bien lo que es delicadeza. Ya sois libre y vais á abandonar la casa del Conde, y á llevar en vuestra compañía á vuestra madre, libre tambien como vos; pero no habeis reflexionado en que vos la debeis mas de lo que podreis pagarla jamás. Con un corazón tan puro y tan noble como el vuestro, guardad para vos todos los sufrimientos, y ahorrada esa primera miseria, que no podriais evitarla en un principio por grandes que fuesen vuestros esfuerzos, porque no merece vuestra madre ni la sombra de la desgracia que la alcanza hoy, y la Providencia no quiere que el inocente pague por el culpable. Sé que madre é hijo vais á abandonar vuestra casa, sin llevar nada de cuanto os pertenecia; no trateis de descubrir como lo sé, porque esto no hace al caso. Escuchadme bien, Alberto; hace veinte y cuatro años que volvia yo á mi

patria altivo y lleno de gozo; iba á ver á la que adoraba mi corazón, á una santa y bellissima criatura, á la que llevaba ciento cincuenta luses, que habia reunido á costa de mil afanes y con un trabajo impropio. Este dinero era suyo desde aquel momento, puesto que yo se lo destinaba como un regalo de boda, y que por no esponerlo á los contratiempos del mar, lo habia enterrado en el jardín de la casa en que vivia mi padre en Marsella. Vuestra madre conoce perfectamente esta casa de tan doloroso recuerdo para mi. Hace poco tiempo, que al volver yo de Paris, he querido registrar aquella pobre casita, y ver si existia aun nuestro tesoro en donde yo lo habia escondido. El tesoro está en una cagita de hierro como el dia en que yo la escondi, y el parage en que se halla es debajo de una hermosa higuera, plantada por mi padre el mismo dia de mi nacimiento. Pues bien, Alberto, este dinero que estaba destinado en aquella época á proporcionar algunas comodidades á la amada de mi corazón, vuelve hoy, por una casualidad estraña y dolorosa, á tener el mismo destino, asi como la miserable casita que debiamos haber habitado los dos, y que ahora va á habitar sola vuestra madre. Comprended bien mi idea, Alberto! Yo que podria dar millones á esa muger, me contento con ofrecerla el pedazo de pan negro olvidado bajo nuestro humilde techo, desde el dia aciago en que separaron violentamente de la que amaba á—Edmundo Dantés.

MER. Lo acepto; ese hombre es el único que tiene derecho á pagar mi dote, ó mejor dicho, mi pension en un convento.

ALB. (*abrazándola.*) Entonces, calculemos como vamos á distribuir nuestros fondos; con tres mil seiscientos francos, y lo que yo puedo añadir por mi parte, tenemos lo suficiente para hacer frente á todas nuestras necesidades.

MER. Pobre joven!

ALB. Os he gastado demasiado oro, para poder conocer su valor. Podeis estar segura de que con esa suma me crearé un porvenir estable.

MER. Explicame tus planes; hijo mio.

ALB. Con doscientos francos tenemos para hacer el viaje de aqui á Marsella.

MER. Y posees tú esos doscientos francos?

ALB. Beauchamp acaba de prestarme quinientos; ademas, yo tengo otros mil.

MER. Y de dónde tienes tú esos mil francos?

ALB. Escuchadme, y no empecéis á apuraros. (*la abraza.*) Qué hermosa me pareceis con ese traje!.. No os faltaba mas que ser desgraciada, para que mi amor hácia vos se cambiase en adoracion.

MER. En tanto que tú estés á mi lado, no puedo ser desgraciada.

ALB. Esa es justamente la última prueba que os queda que sufrir; ya sabeis lo que hemos convenido.

MER. Nosotros?

ALB. Seguramente. Hemos quedado en que vos, os iriais á Marsella, y que yo me marcharia... al Africa.

MER. Ah!..

ALB. Si, querida madre, ya es tiempo de que os hable con claridad, prometiéndome yo, que vos no desmentireis ese valor heróico de que tantas

pruebas habeis dado, por lo que voy á deciros. Desde esta mañana estoy enganchado en los Spahis, en donde sustituyo á otro, mediante dos mil francos

MER. Y has hecho este sacrificio por mi?.. Oh! nunca, nunca.. yo no consentiré jamás en ese trato.

ALB. Del que no puedo ya volverme atrás, después de la carta que acabo de remitir por German. Ahora recibiré los mil francos de que acabo de hablaros, y los otros mil, dentro de un año.

MER. Oh! el precio de su sangre!..

ALB. El precio de mi sangre, si me matan; sino, no. Además, me hallo tan dispuesto á vivir, que me defenderé como un leon por lograrlo.

MER. Dios mio! Dios mio!..

ALB. Por otra parte, ¿por qué me han de matar? No han ido otros allá de simples oficiales, y son en el dia nuestros mas distinguidos generales? Pues á esos no los han muerto. Morrel, á quien todos conocemos, y que es un valiente, tampoco ha tenido ninguna desgracia... sobre todo, no he hallado otro medio mas decoroso de hacerme con dos mil francos. Con ellos, y con la ayuda de la casita que os han regalado, podeis pasar muy bien un par de años.

MER. Yo viviré con la mitad, con la cuarta parte, sin comer mas que pan negro, si es necesario, pero no te separes de mi lado!..

ALB. Es preciso hacerlo. Vos me amais demasiado para consentir que á mi edad, viva como un bagabundo. Además, he comprometido mi palabra, y sellado mi compromiso con mi firma.

MER. Haz tu voluntad, hijo mio; yo haré la de Dios.

ALB. Lo que voy á hacer, no es por mi voluntad, sino razonable y hasta necesario. Qué es la vida para nosotros dos, después de la infamia con que ha cubierto mi padre nuestro nombre?.. Nada. Es indispensable pues, que yo me cree otro nombre, con el que vos y yo podamos envanecernos; y os juro, que antes de seis meses he de ser ya oficial, sin deber mi nuevo rango sino á mi valor. Desde el momento en que esto se verifique, vuestro porvenir está asegurado; pero si tubiese la desgracia de que me matasen antes, vos morireis tambien probablemente, con lo cual tendrán término las desgracias que ahora nos agobian.

MER. Tienes razon, hijo mio; de ese modo probaremos á ciertas gentes, que tienen fija su atencion sobre nosotros, y que no aguardan mas que ver nuestros actos para juzgarnos por ellos, que al menos somos dignos de que se nos compadezca.

ALB. Cuándo nos vamos?

MER. Dentro de una hora, si quieres.

ALB. Antes de salir de Paris, ¿no tenemos obligacion de despedirnos de alguna persona?

MER. Si, de Edmundo Dantés.

ALB. No señora, del conde de Monte Cristo.

MER. Vamos, hijo mio!..

ALB. Vamos!..

CUADRO SETIMO.

El teatro representa un salon de la casa de Monte-Cristo, el del cuadro segundo. Una mesa, y sobre ella

una caja con pistolas, muebles y adornos de lujo. Sobre la puerta de la izquierda habrá un retrato del conde de Monte-Cristo, vestido de marino, y cubierto con una cortina, como marca la acotacion.

ESCENA PRIMERA.

HAIÉE y MONTE CRISTO; *este está sentado, y Haiée en un almohadon á sus pies.*

MON. Conque te has aparecido á ese hombre, cual otra Nemesis vengadora?

HAI. Si, noble señor! Habiendo sido presentada ante el tribunal de los pares como su acusadora, Fernando se llenó de terror, y confesó sus crímenes; oh! el alma de mi padre habia pasado á mi, y tenian tal conviccion mis palabras, que el orgulloso Titan cayó precipitado desde la cumbre del Pelion.

MON. Qué hermosa eres, hija mia!

HAI. Y tú, cuan bueno, monseñor!

MON. (Dios mio! No hagais que conciba la esperanza, de que puede haber dos Mercedes en el mundo, destinadas para hacer feliz mi corazon.)

ESCENA II.

Dichos y BERTUCCIO.

BER. Escelentísimo señor...

MON. Qué ocurre?

BER. Ahí está el señor conde de Morcef.

MON. El conde, ó el vizconde?

BER. El conde, señor excelentísimo; y como dice que es un caso de honor el que le conduce aqui, no he dudado en pasaros al momento recado.

MON. Has hecho bien, en dónde está el conde?

BER. Espera á la puerta, dentro de su coche.

MON. Que suba. (*vase Bertuccio.*)

HAI. Dios mio! aun no ha terminado esto?

MON. Yo no sé si esto ha terminado ó no; lo que si sé, hija mia, es que nada tienes que temer.

HAI. No te fies del conde, monseñor; para un hombre vil, todos los medios son buenos.

MON. Ese hombre no ejerce ningun poder sobre mi; cuando debias temer, era cuando tenia que habérmelas con su hijo.

HAI. Ah! monseñor! no sabes cuanto he sufrido en aquellos momentos!

MON. Haiée! (*estendiendo su mano.*) Te juro por la tumba de mi padre, que si sucede alguna desgracia, no será á mi seguramente.

HAI. Lo creo como si Dios mismo me lo dijese.

MON. Retírate, Haiée, ese hombre no debe verte.

HAI. Dices que nada tengo que temer?

MON. Nada.

HAI. Entonces me retiro. (*vase.*)

MON. (*viéndola salir.*) Dios mio! será posible que vuelva á amar mi corazon!

ESCENA III.

MONTE-CRISTO y MORCEF desde la puerta.

MON. (*al verle.*) Sois vos, señor de Morcef? Creia que se habian equivocado al anunciar vuestro nombre.

MOR. (*entrando.*) Pues soy yo mismo, caballero.

MON. Solo me resta saber, cual es la causa que

me proporciona el honor de ver al señor de Morcef; honor, que seguramente, estaba muy distante de aguardar.

MOR. Esta mañana habeis tenido una entrevista con mi hijo?

MON. Ah! Lo sabiais?

MOR. Y sabia tambien, que mi hijo tenia razones mas que suficientes para desear batirse con vos, y para hacer todo lo posible por mataros.

MON. En efecto, caballero, las tenia; mas á pesar de todo, ya veis que no solo no me ha muerto, sino que tampoco ha querido batirse.

MOR. Y eso no obstante, de que os miraba como autor de la deshonra de su padre; como la causa de la ruina completa de mi casa?

MON. Causa secundaria, pero no principal.

MOR. Creo que le habeis dado alguna satisfaccion?

MON. Al contrario; vuestro hijo es quien me ha dado esplicaciones las mas satisfactorias.

MOR. Y á qué atribuis tan estraña conducta?

MON. A la conviccion intima que tenia, de que en este asunto, habia otro mas culpable que yo.

MOR. Quién?

MON. Su padre!

MOR. Sea; pero ya sabeis que á nadie le gusta que le convezan de culpabilidad!

MON. Lo sé, y por eso aguardaba lo que está pasando.

MOR. Y esperabais que mi hijo fuese un cobarde?

MON. Alberto de Morcef no es un cobarde.

MOR. Cómo! No es un cobarde el hombre que teniendo á su enemigo ante la punta de su espada, ó á la boca del cañon de una pistola, no usa de sus armas para deshacerse de él? Ah! cuanto siento no se encuentre aqui para decirselo!

MON. Supongo, caballero, que no habeis venido á incomodarme, contándome negocios de familia que nada me interesan! Decidsele á vuestro hijo, y quizá no le falte qué responderos.

MOR. Teneis razon, no he venido con ese objeto; he venido á decirlos, que yo tambien soy enemigo vuestro, que os aborrezco por instinto; que me parece que siempre os he conocido, y que os he aborrecido siempre; y finalmente, que ya que los jóvenes del dia no se batan, á sus padres toca el hacerlo por ellos. Sois de la misma opinion, caballero?

MON. Exactamente.

MOR. Tanto mejor. Teneis hechos vuestros preparativos?

MON. Yo estoy siempre preparado; mirad (*saca las pistolas de la caja y las deja sobre la mesa.*)

MOR. Ya debeis figuraros, que nuestro desafio es á muerte!

MON. Hasta que uno de los dos quede sin vida.

MOR. Pues entonces, salgamos; no creo que entre los dos hay necesidad de padrinos.

MON. Serian inútiles. Nos conocemos muy bien los dos.

MOR. Al contrario, es porque no nos conocemos.

MON. Cómo es eso? No sois vos el soldado Fernando, que se pasó al enemigo la vispera de la batalla de Waterloo? No sois tambien el teniente Fernando, que sirvió de guia y de espia al ejército francés en España? No sois igualmente el coronel Fernando, que vendió

y asesinó en Epiro á su bienhechor Ali Tibelin? Y finalmente, todos estos Fernandos reunidos, no son el mismo Fernando, conde de Morcef, ex-par de Francia?

MOR. Miserable!.. Vengo á proponerte un desafio, y me marcas con un hierro en el rostro!..

Me hechas en cara mi afrenta, en el momento en que quizá vas á matarme! No, yo no he dicho que no me conoces! Ya sé, demonio salido del averno, que tú has penetrado en la noche de lo pasado, y que has leído una por una todas las páginas de mi vida, sin que alcance á saber el medio de que te has valido para hacerlo; pero quizá haya mas honor en mi, aun en medio de mi oprobio, que el que hay en ti, á pesar de toda esa magnificencia que ostentas. Mi nombre es conocido de todos, el tuyo nadie lo sabe, aventurero atestado de oro y de pedreria! En Italia te se conoce por Simbaldo el marino, en Paris por el conde de Monte-Cristo; en Malta... qué se yo? Ya lo he olvidado. Tu nombre verdadero es el que yo quisiera saber; ese es el que exijo me digas, para que pueda pronunciarlo en el sitio del combate, en el momento en que te atraviese el corazon con mi espada.

MOR. Pues qué, acaso no me conoces ya? Tan desconocida te es mi fisonomia, que no recuerdas mi nombre? Entre los ciento que has dicho tenia, no necesito pronunciar mas que uno para confundirte; pero ese nombre, ya le recuerdas tú sin que yo te le diga, no es cierto? A pesar de todos mi disgustos, á pesar de tanto martirio como he sufrido, me presento hoy á ti con un rostro rejuvenecido por la venganza; con un rostro que debe habértese aparecido muchas veces en sueños desde tu casamiento con Mercedes... Mira.

(El conde se acerca á la izquierda, y corre una cortina, la cual deja ver un retrato de cuerpo entero del conde de Monte-Cristo, vestido de marino, igual al que usa en la primera parte, para que la ilusion del espectador sea mas completa.)

MOR. Edmundo Dantés!!

(Horrorizado, toma una pistola de la mesa, se entra en uno de los cuartos inmediatos, y se oye un pistoletazo; Monte-Cristo quiere impedirlo y se dirige á forzar la puerta que ha cerrado Morcef.)

MON. Qué vá á hacer? Corramos!

ESCENA IV.

MONTE-CRISTO, BERTUCCIO, y despues MERCEDES y ALBERTO.

BER. (*anunciando.*) La señora condesa y el señor vizconde de Morcef.)

MON. (*Ah! Ocultémosles esta desgracia!*) Que pasen adelante.

MER. (*saliendo apresurada.*) Edmundo!

MON. Mercedes!

MER. Ahora mismo salgo para Marsella, perdonadme; mi hijo marcha para Argel, bendicidle!

MON. Oh! (*abriendo los brazos para recibirlos, en los cuales se arrojan los dos.*)

MER. Alberto en los brazos de Dantés! Gracias Dios mio, por haberme dejado ver lo que nunca hubiera creido posible. Vamos, Alberto. A Dios, Edmundo!

MON. A Dios! (se alejan, y Monte-Cristo los sigue con la vista.)

MON. (levantándola, y estrechándola entre sus brazos.) Bien venido seas, angel de esperanza, que vienes á reunirte con el angel del castigo!

ESCENA ULTIMA.

MONTE-CRISTO y HAIDER, que así que los vé alejarse, se postra á los pies del conde, cogiendo su mano y besándosela.

HAID. Dios me ha hecho mas joven que ella, para que tenga la dicha de poderte amar por mas tiempo.

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1851.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.

El vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2	5	Juan de Padilla, o. 6 cuadros.	2	15	Los honr...	3	3
El padre del novio, t. 2.	2	4	Jacobo el aventurero, o. 4.	2	9	La Posada de Cu...	3	3
El terremoto de la Martinica, t. 5.	2	12	Julian el carpintero, t. 3.	1	8	La Perla sevillana, o. 1.	3	4
El fastidio ó el conde Berford, t. 2.	1	5	Juana Grey, t. 5.	7	12	La Primer escapatoria, t. 2.	2	5
El Angel de la guarda, t. 3.	3	8	Juzgar por apariencias, o. 3.	2	3	La Prueba de amor fraternal, t. 2.	3	5
El marido de la favorita, t. 5.	2	11	Jugar con fuego, t. 2.	»	4	La Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3	5
El cartero, t. 5.	3	10	Julio César, o. 5.	2	5	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3	4
El alguacil mayor, t. 2.	2	5	Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2	9	La Reina Sibila, o. 3.	2	6
El cardenal y el judío, t. 5.	3	12	La Abadia de Penmarck, t. 3.	1	8	La Reina Margarita, t. en 6 actos.	7	17
El naufragio de la fragata Medusa, t. 5.	3	11	La Alqueria de Bretaña, t. 5.	7	12	La Rueda del coquetismo, o. 3.	2	4
El mercado de San Pedro, t. 5.	4	9	La Barbera de Escorial, t. 1.	2	3	Los Soldados del rey de Roma, t. 2.	2	7
El Espósito, de Ntra. Sra. t. 1.	1	6	La Batalla de Clavijo, o. 1.	»	4	Los Templarios, ó la encomienda de Avión, t. 3.	1	14
El último dia de Venecia, t. 5.	2	9	Los contrastes, t. 1.	2	5	La Taza rota, t. 1.	2	3
El amigo intimo, t. 1.	2	3	La Conciencia sobre todo, t. 3.	2	4	La Tercera dama duende, t. en 3.	2	11
El artículo 960, t. 1.	2	3	La cocinera casada, t. 1.	3	8	La Toca azul, t. en 1.	3	7
El tío y el sobrino, t. 1.	3	4	Las Camaristas de la Reina, t. 1.	7	6	La vida por partida doble, t. 1.	5	3
Enrique de Valois, t. 2.	2	10	La Corona de Ferrara, t. 5.	3	7	La Viuda de 15 años, t. 1.	3	2
El pronunciamiento de Triana, o. 1.	2	9	Las colegias de Saint-Cyr, t. 5.	2	7	La Victima de una vision, t. 1.	4	5
El hombre cachaza, o. 3.	3	4	La Cantinera, o. 1.	1	6	La Roca encantada, o. 4.	2	6
El Cepillo de las ánimas, o. 1.	2	6	La Cruz de la torre blanca, o. 3.	1	5	La batalla de Bailen, zarzuela, o. 2.	2	8
El marino, t. 5.	2	8	La Conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.	2	11	Los Reyes magros, o. 1.	5	8
El cómico de la legua, t. 5.	3	10	La Calderona, o. 5.	3	8	La Mano de Dios, o. 3.	5	12
El vampiro, t. 1.	2	7	La Condesa de Senecey, t. 3.	3	4	La Moza de meson, o. 3.	5	9
El ciudadano Marat, t. 4.	3	18	La Caza del Rey, t. 1.	2	6	Los Pecados capita'es, magia, o. 4.	9	9
El zapatero de Jerez, o. 4.	3	3	La Capilla de S. Magin, o. 4.	3	4	Los hijos de Pedro el grande, t. 5.	3	13
El heredero del Czar, t. 4.	2	10	— La Cadena del crimen, t. 5.	5	9	La guerra de las mugeres, t. 10 cuad.	6	18
El delator ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	3	16	La Campanilla del diablo, t. 4 y prólogo. Magia.	5	13	Los Hijos del tío Tronera, o. 1.	3	3
Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4	Los celos, t. en 3.	3	5	Los Dos rivales, o. 3.	2	9
En poder de criados, t. 1.	3	2	Las cartas del conde-duque, t. en 2.	1	7	La Jorobada, t. 1.	1	5
El amor y la música, t. 3.	2	4	La Cuenta del Zapatero, t. en 1.	2	6	La muger de un proscrito, t. 5.	3	6
El anillo misterioso, t. 2.	4	5	Los dos Fósca'ris, o. 5.	1	11	La calumnia, t. 5.	3	6
El Conde de Bellastor, o. 4.	4	8	La dicha por un anillo y mágico rey de Lidia, o. 3. Magia.	4	9	La tia y la sobrina, o. 1.	3	4
El baile y el entierro, t. 3.	2	8	Los dos ángeles guardianes, t. 1.	1	3	Los percances de un carlista, o. 1.	3	9
Efectos de una venganza, o. 3.	2	8	Los Dos maridos, t. 1.	3	3	La Serenata, t. 1.	3	5
Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	4	La Dama en el guarda-ropa, o. 1.	2	4	Laura, (prólogo, epílogo), o. 5.	4	12
El testamento de un soltero, t. 3.	2	3	La Feria de Ronda, o. 1.	2	8	Los cabezudos ó dos siglos despues, t. 1.	2	7
El conde de Morces, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 cuadros.	2	12	La Felicidad en la locura, t. 1.	1	5	La fineza en el querrer, o. 3.	1	3
El contrabandista andalud, o. 2.	3	10	La Favorita, t. en 4.	3	10	La Sesentona y la colegiala, o. 1.	3	4
Fausto de Underwal, t. 5.	1	13	La Gaceta de los tribunales, t. en 1.	3	4	Los desposorios de Inés, o. 3.	3	3
Fuerte Espada el aventurero, t. 5.	3	7	La Hija de Cromwell, t. en 1.	2	5	La madre y el niño siguen bien, t. 1.	2	6
Fernando el pescador ó Málaga y los franceses, o. 3 actos y 10 cuad.	3	15	La Hija de un bandido, t. 1.	1	4	La Sombra de un amante, t. 1.	2	3
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1	11	La Hija de mi tío, t. 2.	5	2	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2	9
Gustavo V Vasa, o. 5.	2	16	La Hermana del soldado, t. 5.	2	9	La Abadia de Castro, t. 7 cuadros.	9	13
Gaspar Hauser ó el idiota, t. 4.	4	9	La Hermana del carretero, t. 5.	2	10	La Rama de encina, t. 5.	2	10
Guardapié III: ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	3	5	Las Huérfanas de Amberes, t. 5.	2	10	Latreaumont, t. 5.	2	15
Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7	La Hija del Regente, t. 5.	3	13	Los dos cerrageros, t. 3.	2	22
Geroma la castañera, zarzuela.	1	3	Las Hijas del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.	2	9	La honra de mi madre, t. 3.	3	5
Hasta los muertos conspiran, o. 3.	2	11	La Hija del prisionero, t. 5.	6	16	La castellana de Laval, t. 3.	2	9
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.	2	8	La Herencia de un trono, t. 5.	2	11	Los penitentes blancos, t. 2.	5	3
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.	3	5	Las intrigas de una corte, t. 5.	4	7	La loca, t. 4.	3	5
Halifax, ó picaro y honrado, t. en 3. y un prólogo.	3	5	La Ilusion ministerial, o. 3.	3	9	Las dos hermanas, t. 2.	3	5
Hombre tiple y muger tenor, o. 4.	5	5	La Joven y el zapatero, o. 1.	2	3	La Cruz de Malta, t. 3.	2	8
Honor y amor, o. 5.	4	9	La Juventud del emperador Carlos V., t. 2.	2	5	— La Esmeralda, ó Ntra. Sra. de Paris. d. t. en cuadros.	2	5
Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4	Laura de Monroy, ó los dos Maestres. o. 3.	2	8	La hija del abogado, t. 2.	1	4
Ilusiones, o. 1.	1	4	Luchar contra el destino, t. 3.	2	8	La herencia de un valiente, t. 2.	1	4
Isabel, ó dos dias de esperiencia, t. 3.	4	4	Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.	2	8	Los dos ladrones, t. 1.	1	3
Jorge el armador, t. 4.	3	11	La Ley del embudo, o. 1.	4	4	La Cabeza á pájaros, t. 1.	2	5
Juí qué jembra, o. 1.	3	6	La Muger eléctrica, t. 1.	2	3	La Cruz de Santiago ó el Magnetismo, t., en 3 a. y un prólogo,	2	8
José Maria, ó vida nueva, o. 1.	1	7	La Modista alferez, t. 2.	3	6	La viva y la difunta, t. 1.	1	3
Juan de las Viñas, o. 1.	1	6	Los Mosqueteros de la Reina, t. 3.	5	8	Los Trabucaires, o. 5.	6	13
			La Mano derecha y la mano izquierda. t. 4.	3	11	La Quinta de Verneuil, t. 5.	4	10
			Los misterios de Paris, primera parte t. 6 cuadros.	6	14	Los malos consejos, ó en el pecado la penitencia, t. 3.	2	9
			Idem segunda parte, t. 5 cuadros.	8	16	La limosna y el perdon, o. 1.	2	6
			Los Mosqueteros, t. 6 cuadros.	2	14	La marquesa de Seneterre, t. 3.	3	3
			La Marquesa de Savannes, t. 3.	2	5	Las desgracias de la dicha, t. 2.	2	5
			La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2	11	La banda roja, o. 3.	2	5
			La Opera y el sermon, t. en 2.	3	6			
			La Pomada prodigiosa, t. 1.	2	2			

...tas y enredos, t. 2.	2	5	Una noche en Venecia, o. 4.	2	12
...ar un delito, aparecer cri-	3	4	Un viaje a América, t. 3.	2	8
...o. 2.	3	4	Un hijo en busca de padre, t. 2.	5	5
...s matrimoniales, o. 3.	3	3	Una estocada, t. 2.	2	6
...sarsel t. 1.	2	3	Un matrimonio al vapor, o. 1.	2	4
...Grullo, zarzuela o. 2.	2	6	Un soldado de Napoleon, t. en 2.	3	4
...or camino de hierro o. 1.	3	7	Un casamiento provisional, t. en 1.	3	4
...Por amar perder un trono, o. 3.	3	6	Una audiencia secreta, t. en 3.	2	9
	4	8	Un quinto y un pábulo, t. en 1.	2	3
...de Alcibiades, t. 3.	1	15	Un mal padre, t. en 3.	4	4
La caverna de Kerougal, t. 4.	1	10	Un rival, t. en 1.	1	4
La loca, ó el castillo de las 7 torres, t. 5	2	11	Un marido por el amor de Dios, t. 1.	2	3
Los Fueros de Cataluña, o. 4.	2	14	Un amante aborrecido, t. en 2.	2	5
Llueven sobrinos!! o. 1.	3	3	Una intriga de modistas, t. 1.	8	8
La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5	13	Una mala noche pronto se pasa, t. 1	2	1
La coqueta por amor, t. 3.	3	4	Un imposible de amor, o. 3.	3	8
La muger que pierde sus ligas, t. 1.	1	2	Una noche de enredos, o. 1.	2	3
			Un marido duplicado, o. 1.	3	4
			Una causa criminal, t. 3.	6	6
			Una reina y su favorito, t. 5.	3	16
			Un rapto, t. 3.	1	11
Mariana, t. 5 a y prólogo.	3	9	Una encomienda!, o. 2.	2	5
Mauricio, ó la favorita, t. 2.	2	5	Una romántica, o. 1.	3	3
Más vale tarde que nunca, t. 1.	2	4	Un Angel en las boardillas, t. 1.	1	3
Muerto civilmente, t. 1.	2	3	Un enlace desigual, o. 3.	4	5
Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1	1	3	Una dicha merecida, o. 1.	1	4
Mi vida por su dicha, t. 3.	3	5	Una crisis ministerial, t. 1.	2	13
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio t. 5.	5	8	Una noche de Máscaras, o. 3.	4	7
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia. t. 9 cuadros.	4	12	Un insulto personal, ó los dos cobardes, o. 1.	2	4
Mateo el veterano, o. 2.	2	7	Un desengaño a mi edad, o. 1.	2	4
Marco Tempesta, t. en 3.	2	5	Un poeta, t. 1.	2	5
Maria de Inglaterra, t. 3.	2	11	Un hombre de bien, t. 2.	6	6
Margarita de York, t. 3.	3	11	Una deuda sagrada, t. 1.	1	4
Maria Remont, t. 3.	4	7	Una preocupacion, o. 4.	3	6
Mauricio ó el médico y la huérfana, t. 2.	3	4	Un embuste y una boda, zarz. o. 2.	3	5
Mali, ó la insurreccion, o. 5.	1	10	Un tío en las Californias, t. 1.	2	5
Monge seglar, o. 5.	3	7	Una tarde en Ocaña ó el reservado por fuerza, t. 3.	2	6
Miguel Angel, t. 3.	2	11			
Megani, t. 2.	2	6	Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.	3	7
Maria Calderon, o. 4.	2	8	Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.	1	5
Mariana la vivandera, t. 5.	3	9	Trapisondas por bondad, t. en 1.	3	5
Misterios de bastidores, 2.ª pte. zar. 1	3	15	Todos son raptos, zarzuela o. 2.	3	3
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza, t. 2.	4	4	Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3.	2	5
No ha de tocarse a la reina, t. 3.	2	3	Valentina Valentona, o. 4.	2	7
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeux, t. 5.	3	7	— Vengar ofensas de amor, o. 4.	3	6
Nunca el crimen queda oculto a la Justicia de Dios, t. 6 cuadros.	4	8	Vicente de Paul, ó los huérfanos del puente de Ntra. Sra. t. 5 a. 1 pról.	4	11
Noche y día de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.	4	11	Un buen marido! t. 1.	1	3
No hay miel sin hiel, o. 3.	3	5	Un cuarto con dos camas, t. 1.	2	2
No mas comedias, o. 3.	3	5	Un Juan Lanás, t. 1.	2	8
No es oro cuanto reluce, o. 3.	3	7	Una cabeza de ministro, t. 1.	2	5
No hay mal que por bien no venga, o. 1	3	4	Una noche a la intemperie, t. 1.	1	1
Ni por esas!! o. 3.	3	4	Un bravo como hay muchos, t. 1.	1	3
Ni tanto ni tan poco, t. 3.	4	4	Un diablillo con saldas, t. 1.	1	2
			Un pariente millonario, t. 2.	3	6
Ojo y nariz!! o. 1.	1	3	Un avaro, t. 2.	2	4
Olimpia, ó las pasiones, o. 3.	1	3	Un casamiento con la mano izquierda, t. 2.	2	4
Otra noche toledana, ó un caballero y una señora, t. 1.	1	1	Un padre para mi amigo, t. 2.	2	4
			Una broma pesada, t. 2.	3	5
Perances de la vida, t. 1.	2	4	Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.	2	5
Perder y ganar un trono, t. 1.	2	3	Un día de libertad, t. 3.	7	4
Paraguas y sombrillas, o. 1.	3	12	Uno de tantos bribones, t. 3.	9	5
Perder el tiempo, o. 1.	2	4	Una cura por homeopatía, t. 3.	5	4
Perder fortuna y privanza, o. 3.	2	3	Un casamiento a son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.	3	8
Pobreza no es vileza, o. 4.	3	11	Un error de ortografía, o. 1.	2	3
Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, t. en 5.	2	10	Una conspiracion, o. 1.	1	5
Por no escribirle las señas, t. en 1.	3	3	Un casamiento por poder, o. 1.	3	3
Por tenerle compasion, t. 1.	2	2	Una actriz improvisada, o. 1.	2	3
Padecer por semejanza, ó el robo de la silla-correo, t. 5.	2	18	Un tío como otro cualquiera, o. 1.	2	4
Por quinientos florines, t. 1.	3	4	Un motin contra Esquilache, o. 3.	2	9
			Un corazon maternal, t. 3.	2	5

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las Mujeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres.

Las letras O y T que acompañan a cada título, significan que la comedia es original ó traducida.

En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron a D. Ignacio Boix y D. Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galería y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama.

Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor.

En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

PRECIOS EN MADRID.

Las de la Biblioteca: En un acto, a 3 rs. En 2, 3 ó mas actos, 4 rs.

En Provincias abonarán UN REAL MAS por razon de portes.

Las que pertenecen al Museo dramático: En un acto, a 3 rs. En dos actos, a 4 rs. En tres ó mas actos, a 6 rs.

Las de la Galeria de Boix: En un acto, a 3 y 4 rs. En dos actos, a 5 y 6 rs. En tres ó mas actos, a 6 y 8 rs.

MADRID 5 de Julio de 1851.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA, Calle del Duque de Alba, n. 13.